142

ESPIA DE SIRIO

CLARK CARRADOS



ESPÍA DE SIRIO

CLARK CARRADOS

Espía de Sirio

Colección **ESPACIO**

Espía de Sirio

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51 - 53

BARCELONA

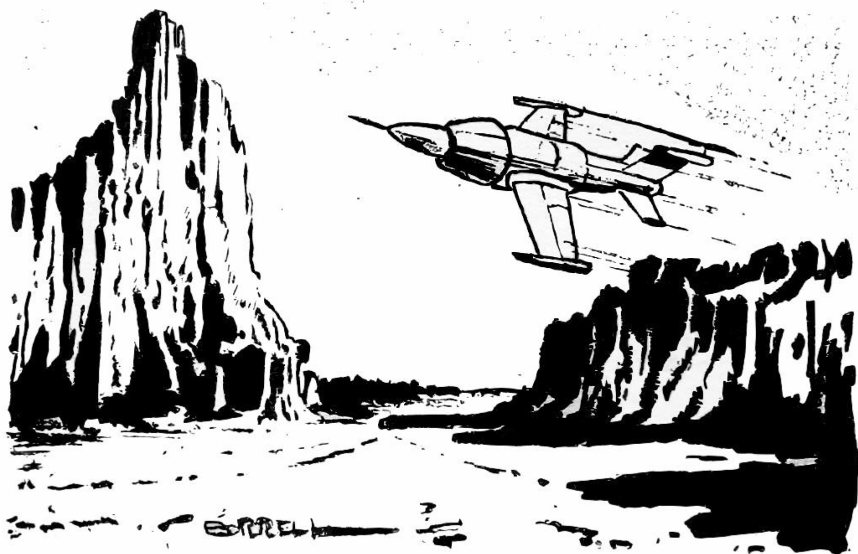
FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA – U. S. A.

Depósito legal B. 2941 - 19659

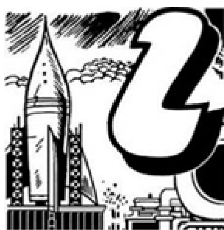
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta — Pasaje de Nuria, 8. — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



A llegada de la nave al inmenso astropuerto fue una cosa completamente rutinaria.

El suelo antitérmico absorbió el calor despedido por los chorros de gases de la nave y cuando éstos se apagaron, su rugiente estruendo se fue alejando poco a poco hasta las distantes colinas, sobre cuyas redondas crestas ponían una nota dorada los rayos del sol en la curva descendente de su ocaso.

Deslizándose sobre sus raíles guía, la torre de acceso se aproximó a la nave, hasta casi tocar su brillante casco. Una pasarela se desplegó en lo alto, conectando con la esclusa abierta, por la que empezaron a

salir los primeros y más impacientes pasajeros. Otra pasarela, a diez metros por debajo, estableció un puente con la bodega de carga, para la salida de equipajes y mercancías.

Los pasajeros fueron llegando al centro de la torre de acceso, en cuyo centro había una ancha plataforma que, una vez llena, comenzó su descenso hasta llegar al suelo, distante unos ochenta metros. El ascensor hubo de repetir varias veces su viaje antes de que todos los pasajeros hubieran abandonado la astronave.

En la última tanda, la más escasa, puesto que apenas si había cinco o seis personas, descendió un hombre de aspecto engañosamente vulgar, pero que bien observado resaltaba tanto como una lámpara encendida en una noche oscura.

Percival Parrish era alto, de cabello bien cuidado, y ojos de gran agudeza visual tras una indiferente apariencia de tranquilidad. Sus anchos hombros quedaban hábilmente ocultos bajo la tela del traje que vestía y el pitillo que le colgaba distraídamente de los labios, servía para disimular en buena parte la impresión de energía y reciedumbre que causaba la vista de su cuadrada mandíbula. El tono de sus ropas era gris rosado y en torno a su cintura se advertía un ancho cinturón de cuero negro, unido por una hebilla de plata en la que se observaban los delicados trabajos de la artesanía de Sirio.

La mano izquierda de Parrish sostenía un pequeño maletín de color oscuro, en tanto que la derecha se balanceaba rítmicamente al caminar. Se dirigió, una vez salido del ascensor, hacia la cinta deslizante que le llevaría hasta los edificios de control y aduanas del astropuerto.

Algunos de sus compañeros de viaje, con los cuales había entablado superficiales relaciones durante el mismo, le dirigieron algunas palabras de despedida, a las cuales contestó Parrish con breves y corteses frases, con las que quiso darles a entender que daba por terminadas aquellas relaciones. Como un lobo solitario, rezagándose cada vez más, se dirigió hacia la Aduana.

Antes de llegar a esta, y una vez desaparecía la cinta deslizante, dejando lugar al suelo firme, el paso quedaba cortado por diez barreras automáticas, a través de las cuales iban pasando los viajeros de uno en uno. De derecha a izquierda, el número de personas iba disminuyendo hasta que verse la última barrera absolutamente vacía.

Parrish se dirigió hacia la cuarta barrera, colocándose el último de la fila. Cuando le llegó el turno, intentó atravesarla, pero entonces el sonido estridente de un claxon quebrantó el relativo silencio de las conversaciones y ruidos propios del astropuerto.

Muchos rostros se volvieron hacia él. Un empleado de aduanas,

con la faz congestionada por la cólera, se dirigió hacia la barrera a grandes zancadas. Parrish se detuvo, titubeante e irresoluto, sin atreverse a intentar de nuevo el paso de la barrera.

—¡Eh, usted! —gritó airadamente el aduanero—. ¿Qué es lo que pretende intentando pasar por una barrera que no le corresponde?

—Me… debí equivocarme… —dijo Parrish humildemente—. Con toda seguridad…

—Remánguese —gruñó el funcionario—. Veamos a qué nivel pertenece usted.

Parrish obedeció prontamente.

Dejó el maletín en el suelo y se soltó la presilla de la manga derecha, subiéndose luego el suave tejido de sedoso plástex hasta más arriba del codo. Volvió luego el brazo y lo tendió hacia el aduanero.

Éste arrugó el entrecejo. Sobre la carne de Parrish, incrustadas bajo la piel del brazo, se veían varias figuras geométricas de un tamaño no superior al medio centímetro y colocadas simétricamente: tres triángulos equiláteros situados en forma de triángulo y tres cuadrados, también colocados de la misma manera.

—¡Vaya! ¡Un sexto nivel! —exclamó, asombrado, el aduanero—. No me extraña que el detector haya protestado con tanta estridencia. ¿Es que no sabía usted que debía pasar por la barrera número seis?

—Dispénseme. Vengo de Sirio y hace bastante tiempo que falto de la Tierra… Ya casi he olvidado las costumbres…

—Eso no le hace —masculló el funcionario—. Deberá pagar una multa. Al pasar por la barrera que le corresponde verá una ranura. Deposite en ella una moneda de doce «garants». Y para lo sucesivo…

—Está bien, gracias —cortó Parrish un tanto secamente, saliendo del corto callejón de la barrera y dirigiéndose hacia la número seis. Depositó en la ranura señalada la multa impuesta y cruzó al otro lado, ahora sin ningún contratiempo.

El edificio de la Aduana —cristal y plástico, con escasos rincones no transparentes—, le absorbió en sus brillantes fauces. Cada barrera tenía su sitio determinado y hacia él se dirigió Percival, con paso tranquilo.

Ya quedaba muy poca gente de su mismo viaje. La mayoría de las personas que llenaban el edificio lo hacían para otros viajes: los planetas del sistema, la mayoría; Sirios, bastantes; otras estrellas más alejadas tenían menos viajeros. Pero en el sector en que se hallaba Parrish no había muchas personas y así pudo ser despachado en contados segundos.

A corta distancia de él se veía un hombre manejando con

indolencia una máquina tragaperras. Parrish le arrojó una mirada indiferente en tanto su maletín era revisado de modo rutinario por el aduanero. Por un segundo, los ojos de Parrish y el hombre se encontraron a través del espejo que remataba la máquina. El hombre apartó los suyos instantáneamente.

Ni un solo músculo del rostro de Percival se movió. Pero, en cambio, su mente comenzó a trabajar activamente. Aquel individuo era un espía y estaba aguardando su llegada.

—¿No tiene nada más que declarar? —le preguntó el funcionario, interrumpiendo de modo brusco sus cogitaciones.

—No —contestó lacónicamente Percival.

—¿Viene de Sirio… y este es todo el equipaje que trae? —le preguntó asombradísimo el aduanero.

—El viaje es corto y en la nave había de todo cuanto pude necesitar, que fueron un par de mudas y un tubo de pasta para los dientes —repuso amablemente Parrish, estudiando de reojo a su espía.

El funcionario se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—: despachado. Ya puede seguir.

Percival cerró el maletín y lo cogió por el asa.

—Gracias —murmuró, echando a andar.

En la puerta del edificio se detuvo unos segundos. Pareció como si contemplase el maravilloso espectáculo de la ciudad, cuyas luces se iban encendiendo paulatinamente, para sustituir a la del sol que ya se había ocultado tras las colinas.

Pero, en realidad, lo que estaba haciendo era algo muy distinto. Primero sus dedos trabajaron de una forma rápida e invisible, volviendo hacia adentro la gruesa piedra de un anillo. Después, sacó un cigarrillo y se lo colocó en la boca, prendiéndole fuego acto seguido.

Mientras aspiraba las primeras bocanadas de humo, Percival observó a través del espejo que, en realidad, era la piedra del anillo, todos los movimientos del espía. Éste, después de haber arrojado su última moneda en la ranura de la máquina tragaperras y observado con gesto displicente su fracaso, se dirigió hacia una cabina telefónica.

Percival no necesitó ver más. Sonriendo imperceptiblemente, arrojó el fósforo y levantó la mano. Un taxi monorrueda se le aproximó en respuesta a su llamada.

Mientras tanto, los dedos del espía se movieron velozmente en el cuadro de letras y números del visófono, componiendo una cifra. Pero al terminar, no pulsó el botón de visualidad, dejando únicamente en funcionamiento el de sonido.

—¿Sí? —murmuró una voz apagada desde el otro lado del hilo, surgiendo a través de la placa opaca.

—Informa el Nueve. Hombre que esperamos acaba de llegar.

—¿Qué hace ahora?

—Está tomando un taxi para dirigirse a la ciudad.

—¿Qué aspecto tiene?

Nueve lo describió, concluyendo:

—Como equipaje lleva sólo un maletín de color oscuro, muy pequeño.

—Perfectamente —contestó la voz—. Es preciso seguirle y apoderarse a toda costa del maletín.

—Creo que sospecha algo —dijo Nueve—. Opino que sería conveniente fuera otro el que intentara el golpe.

Hubo una leve pausa. Después, la voz dijo:

—Muy bien, Nueve. Usted sígalo e informe de su alojamiento. Del resto nos encargamos nosotros. No lo pierda de vista.

—A la orden —contestó el espía, oprimiendo el botón de corte, tras de lo cual salió apresuradamente de la cabina.

Agitó la mano llamando a un taxi, en tanto que con la vista intentaba perforar las crecientes tinieblas. Las luces de cola del vehículo en que viajaba Parrish se empequeñecían rápidamente.

—A la ciudad —dijo Nueve secamente—. Pronto.

El coche emprendió la marcha, colocándose rápidamente en el canal de la autopista que le correspondía. Nueve se inclinó hacia adelante, murmurando unas frases al oído del chófer y éste, sonriendo con aire de complicidad, asintió:

—No se preocupe, hermano —dijo—. Todavía ha de nacer el hombre que se le despiste a Tomás Sánchez.

* * *

Leonard Strogodov, asesor de Seguridad Pública, sonrió con suficiencia en tanto se inclinaba deferentemente hacia su superior, el director del mismo departamento, Jean Dumonnet.

—Este coñac es magnífico, Excelencia —dijo con acento untuoso —. ¿Otra copita más?

Dumonnet alargó la casi esférica vasija de vidrio sumamente complacido.

—Es usted mi ángel malo, Strogodov. Mi médico...

—Por favor, Excelencia; dejemos a los médicos en paz. Estoy

seguro de que si el doctor Smithson estuviera aquí, olvidaría todos sus prejuicios y hasta llegaría a dejarnos sin una sola gota de este magnífico brebaje. ¡A su salud, Excelencia!

—A la suya, Strogodov... y porque acabe usted atrapando al espía de Sirio.

Una chispa de ira surgió en los ojos del Asesor, prestamente apagada. Strogodov era alto, delgado, de pómulos levemente salientes, los cuales, junto con la afilada punta de su barbita, le conferían un indudable aspecto exótico.

—Podría hacerlo inmediatamente, Excelencia. Parrish es un hombre muy astuto, indiscutiblemente el único que los de Sirio podrían haber empleado en un caso como éste; pero no quiero hacerlo.

—¿Por qué, Strogodov?

—Por la sencilla razón de que, si lo hiciera ahora, levantaría la alarma. Quiero seguir todos sus pasos y así saber las personas con las que se relaciona, entre las cuales, indudablemente, estarán las que simpatizan con el movimiento secesionista de Sirio.

—¡Hum! Estimo la cosa un poco difícil, Strogodov. Se me hace muy cuesta arriba pensar que un terrestre pueda estar a favor de los de Sirio.

El asesor dejó escapar una sarcástica risita.

—En todas las épocas ha habido traidores, Excelencia. ¿Por qué razón la nuestra había de ser una excepción? No; ese Parrish trae una misión bien definida y nosotros estamos aquí para impedírselo. Bueno —se corrigió Strogodov—; tal vez no sea esa la expresión más adecuada. Le dejaremos que actúe hasta que tenga ya todo casi ultimado. Entonces...

Dumonnet cambió una mirada cómplice con su subordinado.

—Los de Sirio se irán al diablo, ¿no es eso?

—Justamente, Excelencia.

Dumonnet era, en lo físico, la antítesis de Strogodov. Gordo, pesado, respiró anhelosamente en tanto se esforzaba para ponerse en pie. Strogodov le miró con odio apenas disimulado bajo la capa de servilismo que envolvía a todos sus actos.

«Dentro de poco, ese cargo será mío», pensó el asesor, tras una cortés sonrisa.

—Téngame al corriente de todo lo que sucede, Strogodov.

—Tales son exactamente mis intenciones, Excelencia.

—Si tiene algo urgente que comunicarme, ya sabe dónde puede hallarme, Strogodov. Use los medios ordinarios de comunicación lo

menos posible. Los de Sirio tienen agentes por todas partes.

—Una contingencia muy digna de ser tenida en cuenta, Excelencia.

Cuando Strogodov se quedó solo, se sirvió otra copa de brandy, cuyo contenido saboreó a pequeños sorbitos. Encendió un cigarrillo y aspiró pensativamente el humo, en tanto que paseaba por la estancia, con una impaciencia que sólo el perfecto dominio de sus músculos podía disimular.

Al fin, su espera fue recompensada. Un tenue zumbido rompió el silencio de la habitación.

Strogodov fue hacia el visófono y oprimió el botón de sonido, dejando la placa visora apagada.

—¿Sí? —murmuró con voz átona.

—Informa Nueve, jefe. Nuestro hombre acaba de llegar a la ciudad.

—¿Qué ha hecho?

—Por ahora, hospedarse en el «Cortvinol». Le estoy hablando desde una cabina del hotel, desde la cual se domina todo el vestíbulo y, naturalmente, la puerta de salida.

Strogodov meditó unos instantes; luego dijo:

—Quédese ahí durante cuarenta minutos exactamente; después márchese. Alguien le habrá relevado.

Nueve asintió, pensando que Strogodov era muy astuto y nunca dejaba que su mano izquierda supiera lo que hacía la derecha. Otro espía vendría a sustituirle, pero él no lo sabría, ni llegaría a conocerlo. La afluencia de gente que entraba y salía en el «Cortvinol» era muy grande y, por otra parte, harto sabía lo que había ocurrido con hombres que fueron demasiado curiosos. Su paga era demasiada buena para que se arriesgara a hacer algo más de lo estrictamente ordenado.

—Perfectamente, jefe —dijo, cronometrando el tiempo, y cortó la comunicación.

Después salió de la cabina y, acercándose al quiosco de periódico, compró una revista, tras la cual se escudó para su observación que hizo sentado en un cómodo sillón desde donde dominaba los puntos más estratégicos del amplio vestíbulo del hotel.

Mientras tanto, Percival había llegado al mostrador de la recepción. Un empleado le acogió cortésmente.

—El señor desea sin duda una habitación —dijo.

—Me asombra su agudeza —dijo zumbón Percival.

—¿Tiene preferencia por alguna? —inquirió el recepcionista con rostro estólido.

—Por una que tenga baño y cama; con esas dos cosas tan esenciales para la salud me conformo.

—El «Cortvinol» tiene todo lo que usted necesita, caballero —el recepcionista se volvió y escrutó durante unos segundos el cuadro de llaves, tomando una de ellas al cabo—. Habitación número ciento cuarenta y tres A, sexto piso, segundo corredor a la derecha. Le llevaremos el equipaje…

—Lo tengo en la mano, gracias —dijo Percival.

El empleado arqueó una ceja, pero no dijo nada; estaba acostumbrado a rarezas peores que aquella.

—Firmará en el libro registro, por favor.

—¡Cómo no! —murmuró Percival, tomando la pluma que se le ofrecía.

Estampó su nombre y procedencia, así como el nivel a que pertenecía, y luego, al llegar a la casilla «Objeto del viaje», puso, tras corta meditación: «Vacaciones y pruebas para ascenso de nivel».

El recepcionista arqueó una ceja al leer la última frase. Por su profesión estaba acostumbrado a muchas cosas, una de las cuales y que no decía a casi nadie, era su habilidad para leer en forma invertida. Al terminar el joven, tomó el libro y lo cerró de modo indiferente, profesional, como si le diera igual saber o no los motivos que habían traído a Percival desde Sirio a la Tierra.

Con la llave en la mano, Percival se dirigió hacia los ascensores. A mitad de camino, alguien le cortó el paso.

Era una chica muy mona, rubita, vestida sumariamente y con una bandeja pendiente de su cuello por una correa de plástex. Le sonrió, también profesionalmente, en tanto le alargaba un paquete de cigarrillos.

—¿Tabaco, señor?

Percival correspondió a la sonrisa, al mismo tiempo que buceaba con la mano en sus bolsillos. Extrajo una moneda de seis «garants» y la arrojó sobre la bandeja, tomando después el paquete de cigarrillos.

—Gracias, hermosa.

—A usted, caballero —dijo la rubia, doblando ligeramente las rodillas.

Después de esto, Percival se metió en el ascensor, que era automático, y ascendió hasta el sexto piso.

CAPÍTULO II



ERCIVAL PARRISH sintió de pronto ganas de fumar.

Estaba en el centro de su habitación únicamente con unos pantalones cortos, pues acababa de salir del baño. Buscó tabaco y vio sobre el lecho el paquete que adquiriera a la vendedora media hora antes.

Tomó el paquete con la mano izquierda y con el índice y el pulgar de la derecha asió el extremo de la tira que servía para destaparlo. Tiró de ella, fracasando en el primer intento.

Parrish volvió a repetir el gesto, fracasando de nuevo. Entonces fue cuando se dio cuenta de que la tira era algo más fuerte que de ordinario.

Ahora hizo presión con más fuerza y la tapa transparente del paquete saltó, retorciéndose en el extremo de la tira como una serpiente. La aguda vista de Percival captó algo escrito en la tapa de celoflex.

Aquello provocó un estremecimiento en todo su cuerpo, el cual, en el acto, se envaró, poniéndose rígido y en tensión. Pero no tardó mucho en reaccionar.

Lo primero que hizo fue dirigirse de un salto a la puerta y cerrarla con llave. Después volvió hacia la cama, encima de la que había depositado el maletín.

Abrió este, buscando algo en la contratapa. Era una potente lupa

que tomó con la mano derecha, en tanto que con la izquierda sostenía la tira de celoflex a contraluz, estudiando lo que en ella había escrito en caracteres casi microscópicos. Se le pasaron, de momento, las ganas de fumar.

Parrish permaneció así durante un buen rato. Habían transcurrido ya casi quince minutos cuando dejó la tira transparente y la lupa sobre una mesita, encendiendo entonces el cigarrillo.

Se paseó por la habitación, con el codo izquierdo apoyado en la mano derecha. Cuando no inspiraba o expelía el humo, sus labios se movían silenciosamente, como si estuviese rezando o recitando algo en un tono que sólo por él podía oír. Así estuvo hasta concluir el cigarrillo, en cuyo momento volvió a tomar el trozo de celoflex y la lupa.

Releyó lo escrito, sonriendo íntimamente. Tenía buena memoria y se había aprendido al pie de la letra, sin el más mínimo error, todas las instrucciones que le habían sido transmitidas por aquel medio tan sencillo.

Sin embargo, y para estar más seguro de no fallar en el momento más oportuno, volvió a leer las palabras escritas, durante un rato cuya duración no supo calcular, pero que, al terminar, le dejó en la absoluta seguridad de que sólo extirpándole el cerebro podría olvidar lo que tan fielmente se había aprendido. Entonces quemó la tira transparente y guardó la lupa.

Se puso una camisa limpia y todavía estaba terminando de abrochársela cuando llamaron a la puerta.

La abrió. Era un hombre de aspecto inocuo, pero cuyos ojos poseían unas pupilas redondas y duras como bolitas de cojinetes, que no podían engañar a un hombre tan observador como Percival.

Éste aguardó en silencio a que el otro se presentara.

—Bonnini Ercole, sargento de Psicopolicía —dijo sucintamente—. ¿Quiere ver mis credenciales, señor Parrish?

—Me basta con su palabra, sargento —dijo el joven—. Supongo que habrá averiguado mi nombre por el registro, ¿no?

—Justamente, señor Parrish. Y ahora que ya nos conocemos, ¿le molestaría mucho invitarme a entrar?

—Sólo a entrar —sonrió Percival, echándose a un lado—. Acabo de llegar y todavía no he tenido tiempo de instalar mi bar privado.

Bonnini asintió con una sonrisa.

—Un viaje bonito el de Sirio a la Tierra, ¿eh? —murmuró, arrojando una especulativa mirada en torno suyo. Su vista se posó un instante sobre el oscuro maletín que aún yacía sobre la cama, pero la

desvió al instante.

—Así parece, sargento —contestó Percival—. ¿Un cigarrillo?

Bonnini rechazó el ofrecimiento con un gesto y metió mano en su bolsillo, del que sacó algo que se metió en la boca.

—Soy un devoto de la vieja costumbre de mascar goma —dijo, sentándose luego en un sillón. Acto seguido, inquirió—: ¿Le molestaría mucho contestarme a unas preguntas, señor Parrish?

—Siempre he sido un hombre convencido del ciudadano deber de colaborar con las autoridades —replicó Percival en un tono cáustico que el otro no supo captar—. ¿De qué se trata?

Con la lengua, Bonnini se cambió la goma de mascar de lado y dijo:

—Verá, señor Parrish: como usted no ignora, todas las llegadas y salidas de los hoteles son informadas a la policía. La suya, en especial, nos ha llamado mucho la atención y por ello me han enviado a mí para efectuarle las preguntas a que antes aludí.

Percival arqueó las cejas.

—¿Qué tiene de particular mi llegada, sargento? ¿Acaso soy el único que ha llegado hoy de Sirio?

—Oh, no, no; por supuesto, señor Parrish. No es usted el único en llegar de Sirio... ni tampoco el único en ser interrogado. Pero nos ha chocado mucho la inscripción que hizo usted en el registro del «Cortvinol».

—¿Sí? —murmuró negligentemente Parrish.

—Sí. No es frecuente que se viaje desde Sirio a la Tierra sólo por efectuar las pruebas de ascenso de nivel.

—También he venido de vacaciones, si es que recuerda usted mi inscripción en el registro —dijo Percival suavemente.

—Eso es justamente lo que más nos intriga, señor Parrish. ¿A qué estropearse unas hermosas vacaciones con la molestia de las pruebas?

—Todo puede hacerse y hay tiempo para las dos cosas: para disfrutar y para trabajar.

Bonnini arrugó la nariz.

—Permítame que lo dude, señor Parrish —dijo—. Estoy seguro de que salvará con cierta facilidad la primera prueba; acaso la segunda. Pero le queda la tercera, la que le conferiría el derecho de ser un Noveno Nivel.

—Me parece que se equivoca —le rectificó cortésmente el joven.

—¿Eh?

—Sí, se equivoca usted, sargento, porque yo no pienso quedarme

en el Noveno Nivel.

La goma de mascar estuvo a punto de atragantársele a Bonnini. Tosió estrepitosamente, lo que le provocó un insano aumento de coloración en las mejillas.

—¡Eso es absurdo! —exclamó, perdiendo por primera vez la flema.

Percival frunció el ceño.

—Está usted rebasando sus atribuciones, sargento —dijo con acento lleno de severidad.

—Yo no...

—Usted está haciendo una serie de suposiciones impropias por completo de un funcionario público quien, como notoriamente es sabido, se halla al servicio del contribuyente que le paga el sueldo. Y sería muy conveniente para ambos recordar que yo soy uno de esos contribuyentes, sargento.

Bonnini enrojeció aún más ante la nada disimulada reprensión que Percival acababa de echarle. Trató de plegar velas.

—Verá usted, señor Parrish, no pude remediarlo.

—No pudo remediar ¿el qué?

—Usted dijo que no pensaba quedarse en el Noveno Nivel.

—Exactamente. Aspiro a llegar al Décimo y que me impriman sobre la piel el doble círculo a que en tal caso tendría derecho.

—Pero hace años que nadie ha podido llegar al Décimo Nivel. Todos fracasaron rotundamente.

—Lo sé —laconizó Percival.

—¿Sabe también que en caso de fracaso retrocedería al Primer Nivel?

—Sí.

Bonnini trató ahora de parecer conciliador.

—Créame, señor Parrish; lo mejor para usted será no intentarlo. Sabe de sobra que el fracaso en la última prueba implica un retroceso total en la escala de niveles y un lapso de cinco años, como mínimo, para que se le conceda la oportunidad de realizar nuevas pruebas que le permitan llegar sólo, y ya para siempre, hasta el Tercer Nivel. Sabe también que un fracaso en cualquier prueba que no sea la última sólo hace retroceder al aspirante un Nivel. En vista de ello, ¿por qué quiere efectuar usted las cuatro pruebas que le restan?

—¿Debo entender que la Psicopolicía actúa también con unas simples suposiciones como mera base de sus acciones? —contraatacó Percival.

Bonnini se quedó unos momentos sin habla; después recobrándose, dijo:

—Ya le he dicho que no es muy acostumbrado su caso. Prácticamente, señor Parrish, es el primero que se me da en la carrera.

—Un buen y competente funcionario de la Psicopolicía debe tener muy en cuenta todas las posibilidades de acción y reacción psicofísicas que puede desarrollar el ser humano. Y creo que la que yo intento no es la más descabellada de todas, ¿verdad? Si ahora yo tratase de saltar a su cuello, ¿no es cierto que usted se halla prevenido contra tal contingencia? Si intentase influenciar su mente mediante pases hipnóticos, ¿no es también cierto que forma parte de su entrenamiento básico al contrarrestar tales influencias mentales?

—Es usted un tipo listo, señor Parrish —exclamó Bonnini con no disimulada admiración—. Sí, señor; muy listo y tan escurridizo como una anguila.

—Celebro mucho el concepto en que usted me tiene, sargento. ¿Algo más?

—Si —dijo Bonnini muy serio—. Todavía me quedan algunas preguntas que hacerle. Una de ellas es: ¿Qué otros motivos que no sean los de vacaciones ni pruebas han podido traerle a la Tierra?

—Ninguno. ¿O acaso no puede un nativo visitar el mundo donde vio la luz por primera vez?

—Hace muchos años que falta usted del planeta, señor Parrish.

—Siete, semana más o menos. Salí de aquí a los veintidós, recién graduado de la Universidad, siendo un Tercer Nivel, simplemente. El Sexto lo alcancé en Sirio, sin abandonar mi empleo en la Eximport Sirio-Sol. Y no he disfrutado de vacaciones hasta ahora, por lo cual creí justo pedirlo a la empresa.

—En la Eximport trabaja Franz Wessel.

—Lo conozco.

—¿Y a MiBongo Buss?

—Ése pertenece a la oficina del vigesimoséptimo planeta de Sirio.

—¿Conoce también al señor Mohamed Riz?

—Nunca he oído su nombre, sargento.

—Pues está también empleado en la Eximport, señor Parrish.

Percival sonrió.

—Olvida usted que la Eximport tiene algo así como doscientos veinte mil empleados.

—Pero Riz está en el Sexto Planeta de Sirio; es decir, en el mismo del cual procede usted.

—Allí somos unos tres mil quinientos empleados, sargento.

—Es muy posible, en efecto, que no lo conozca usted, señor Parrish —dijo Bonnini, poniéndose en pie—. En fin —suspiró—, una conversación muy atractiva.

—Para usted, sargento.

—Para mí, en efecto —replicó Bonnini sin inmutarse. De pronto, exclamó—: Ah, se me olvidaba una cosa.

Bonnini sacó un objeto del bolsillo superior de su blusa y que, a primera vista, parecía un lápiz.

—Dispénseme, señor Parrish, pero en los últimos tiempos se han dado algunos casos de falseamiento de la señal de identificación de Nivel. ¿Tendría usted algún inconveniente en que yo comprobase las suyas?

—De mil amores —dijo Percival cortésmente, empezando a subirse la manga de la camisa. Alargó el brazo y sonrió—: Sírvase a su gusto, sargento.

Bonnini no dijo nada ahora. Oprimiendo el extremo del lápiz, lo paseó detenidamente por la piel del brazo de Percival, justamente sobre los lugares en que se veían los triángulos y los cuadrados. Al terminar, enseñó el aparatito al joven.

—Si sus emblemas hubieran sido falsos, inmediatamente se hubiera encendido una minúscula lamparita roja en el extremo del detector, señor Parrish. En vista de ello, no me queda otro remedio que felicitarle por su alto grado de inteligencia. Yo —suspiró Bonnini —, no me he atrevido a pasar la prueba del Quinto al Sexto Nivel.

—Falta de decisión, quizá —observó Percival—, porque usted no es tonto. Anímese, hombre.

—Gracias —sonrió Bonnini, guardándose el detector—. Un día de estos lo haré, aunque el fracaso me enviaría al Cuarto Nivel y perdería la graduación.

—Pero si triunfase, cosa que espero, ascendería automáticamente a teniente.

—Eso sí, pero… Vaya, adiós, señor Parrish. Celebro tantísimo haberlo conocido y le ruego me dispense las molestias que haya podido ocasionarle.

—Se limitó usted a cumplir con su deber, sargento. ¡Adiós! —dijo Percival, cerrando la puerta y apoyando luego la espalda en ella.

Cerró los ojos un instante, recapacitando acerca de todas y cada una de las frases que se habían cruzado entre él y Bonnini. Las estudió detenidamente, tratando de hallar en ellas la amenaza que veía flotar en el ambiente, en torno suyo, no sólo desde que desembarcara en la

Tierra, sino desde el momento en que adquiriera el pasaje, allá en Sirio. Era vigilado, muy vigilado, pero tendría que llevar a cabo su misión o, de lo contrario...

Cuando se dio cuenta de lo que le ocurría, estaba sudando copiosamente, tan intensa había sido la concentración a que se había dedicado durante aquellos minutos. Sin una duda, se dirigió al baño y el agua fría le tonificó notablemente.

Al terminar de vestirse, cierto cosquilleo le recordó que desde que llegara no había tomado ningún alimento. Salió de la habitación y se encaminó al ascensor.

Llegado al vestíbulo, se detuvo unos instantes, vacilante e irresoluto. A su izquierda se abría la puerta del comedor, muy bien iluminado y casi completamente lleno de comensales. Dio un paso hacia adelante y en aquel momento ocurrió algo que le hizo detenerse.

Una mujer entró en el hotel. Era alta, esbelta y hermosa y caminaba con la facilidad e ingravidez de una reina, escoltada por tres o cuatro caballeros que se disputaban enconadamente el favor de una mirada o una sonrisa.

Percival estudió unos instantes a la mujer, cuya edad no pasaría de los veinticuatro años. El cabello, rojo como una llama, le caía suelto sobre los redondos hombros, y bajo su pelo se advertían un par de pupilas de tigresa, verdes como la profundidad de los mares y unos labios escarlata que, junto con la naricilla levemente respingona y la firme mandíbula, denotaban en ella una energía y decisión que casi más hubiera podido calificarse de terquedad, según los casos.

La joven avanzó apenas sin prestar atención a la gárrula charla de su séquito. Todos ellos luchaban denodadamente por arrancarle una sonrisa o una palabra de asentimiento, sin conseguirlo, y Percival, que se dio cuenta de ello, sonrió para sus adentros. Esperó, dejando que pasara el grupo.

Pero, de pronto, cuando menos lo esperaba, uno de aquellos jóvenes reparó en él. Percival creyó reconocer el rostro que le miraba y, bruscamente, su propietario, lanzó un, grito:

—¡Percy! ¡Percival Parrish!

* * *

Leonard Strogodov contempló con hosco ceño la escena que se desarrollaba ante él en una pantalla que no tendría más allá de medio metro de extensión.

Si Parrish hubiera podido verla, se habría asombrado hasta la estupefacción con toda seguridad, pues él y no otro era la estrella

central de aquel «film».

Ni una sola de sus acciones, desde que entrase en su habitación del «Cortvinol» había dejado de ser impresionada. Pero lo que más le interesaba al asesor de seguridad era aquella, en que se veía al joven estudiando con toda unción el mensaje grabado en la tira de celoflex del paquete de cigarrillos.

Sin embargo, la cámara no había podido, a pesar de todas las ampliaciones, recoger las palabras escritas, porque la vista había sido tomada al lado opuesto, en lugar de a contraluz, que era como Percival había podido leer el mensaje.

—Porque se trata de un mensaje —masculló Strogodov, furioso—. De otra manera, ¿a qué perder tanto tiempo, primero leyéndolo a través de una lupa y después estudiándolo hasta, aprendérselo de memoria?

—Podríamos recoger las cenizas —sugirió el capitán Perkins—. Nuestro laboratorio hace maravillas...

—No con los objetos quemados, desmenuzados y luego expulsados por el desagüe del lavabo —objetó Strogodov—. ¿O es que se piensa que Parrish es tonto? Se aprendió de memoria el mensaje y ahí está: grabado indeleblemente en su cerebro, sin que nosotros sepamos qué es lo que dice.

—Podemos interrogarle...

—¡No! Bonnini ha ido a hacerlo, antes de que supiéramos lo del paquete de tabaco. Será un interrogatorio relativamente inocuo, pero hacerle dos tan seguidos, le haría concebir aún más sospechas de las que ya tiene. Debemos...

Strogodov guardó silencio unos momentos y luego exclamó:

—¡Ya está! Es preciso detener al recepcionista y luego a la chica que le vendió el paquete de tabaco.

—Pero éstos no sabrán nada —objetó Perkins.

—Eso es lo que creemos nosotros y es muy probable que así sea —observó meditabundo el asesor—. Sin embargo, no estará de más hacerles algunas preguntas... porque acaso uno de los dos sea el cabo del hilo que nos llevará al ovillo, y ya me entiende usted, capitán Perkins, lo que quiero decir.

—Si Parrish llega a conseguir sus fines, la situación se pondrá muy difícil, señor —dijo Perkins.

—Difícil es una palabra suave e inadecuada para tal caso —rió Strogodov—. Mejor será no pensar en ello y sí en los medios para atajar el mal. Haga lo que le he dicho, capitán Perkins, sin pérdida de tiempo, y comuníqueme inmediatamente los resultados obtenidos con

el recepcionista y la vendedora de tabaco.

Perkins se puso en pie.

—Sí, señor —dijo, en el momento en que alguien penetraba en la estancia.

Strogodov y su subordinado se volvieron a tiempo de ver a Bonnini, en cuyo rostro había desaparecido la acostumbrada impasibilidad. El asesor preguntó:

—¿Habló con Parrish?

—Sí, señor.

—¿Y bien...?

Antes de dar su respuesta, Bonnini tragó saliva; después, con un acento maquinalmente truculento, dijo:

—Viene a superar todas las pruebas, señor. «¡Quiere llegar a ser un Décimo Nivel!».

CAPÍTULO III



L hombre que saludara tan afectuosamente a Percival era Luber Corlin, antiguo compañero de estudios en la Universidad y que, a pesar de la resistencia del joven, le arrastró con la pandilla a la misma mesa donde todos se disponían a cenar.

Inmediatamente se efectuaron las presentaciones, la de la mujer en primer lugar.

—Percy, viejo amigo, esta desdeñosa beldad que aquí ves es nada menos que la incomparable Hebe Sándoth. Hebe, aquí tienes a un hombre gracias al cual pude conseguir mi graduación en la Universidad: Percival Parrish, un tipo listo e inteligente si los hay.

Los agudos ojos de la muchacha recorrieron en un instante la fornida silueta de Percival. Sonrió cortésmente en tanto hacía una breve inclinación de cabeza.

—Encantada, señor Parrish. ¿Tomará, asiento con nosotros?

—Con mucho gusto, señorita Sándoth. ¿Puedo decir que Luber es un hombre afortunadísimo al contarla a usted entre sus amistades?

—¡No! —protestó el interesado—. No digas eso; suena a blasfemia. Yo querría que Hebe fuera algo más para mí…

—Vano empeño, Luber —dijo ella fríamente—. Ya sabes que no eres mi tipo. Pero, en lugar de hablar tanto, deberías hacer dos cosas: primero, concluir las presentaciones; segundo, encargar la cena.

—Tienes razón, Hebe, dispénsame. Y dispensadme vosotros también —dijo Corlin, dirigiéndose a los otros tres hombres, todos ellos más o menos de su misma edad—. Muchachos, os presento a Percy Parrish. Percy, estos son Lou Bernick, Link Harris y Homer Fonseca.

Percival contestó a los saludos de modo maquinal, en tanto que estudiaba a los amigos de Corlin. Gente joven, rica y ociosa todos ellos, mariposeando alrededor del centro de atracción que indudablemente era la muchacha, cuyas riquezas, a juzgar por la indumentaria y joyas que ostentaba, debía ser mayor que la de todos ellos juntos.

Se sentó en el sitio que le asignaron, casualmente o deliberadamente, junto a Hebe. Ésta le preguntó:

—¿Reside en la ciudad, señor Parrish?

—No, señorita Sándoth. Vivo en Sirio, y actualmente me encuentro de vacaciones en este planeta, del cual falto hace siete años.

—¿En serio? —exclamó ella—. Oh, fascinante debe ser la vida allí. Una continua sucesión de peligros y aventuras que…

Percival contuvo discretamente una sonrisa.

—Me temo que su visión de la vida en los planetas de Sirio sea un poco exagerada, señorita Sándoth, consecuencia, sin duda, de los fantasiosos relatos de viajeros que tratan de hacerse un nombre con la publicación de sus experiencias personales. Las informaciones visuales deben tener también su parte de culpa, porque apenas si presentan

cosas que no se refieran más que a lugares completamente salvajes e inadecuados para la vida humana.

—Me desconcierta usted, señor Parrish —dijo Hebe—. Yo creía...

—Verá —dijo Percival—, en los principios de la colonización, no digo que no existieran los peligros a que usted alude, señorita Sándoth. Sin embargo, actualmente, la vida allí es tan normal y pacífica como lo pueda ser en la Tierra. Hoy día no se coloniza un planeta que pueda ofrecer para sus futuros habitantes peligros razonablemente mayores que los que existen en éste. Todas esas historias de plantas carnívoras capaces de devorar a un hombre, bestias fantásticas con inteligencia y demás, son, por ahora, nada más que historias.

—No obstante, yo he visto películas informativas en las cuales se ven plantas y animales completamente desconocidos en la Tierra y, al parecer, salvajes y feroces.

—No digo que no los haya; a fin de cuentas, el deber de un cameraman de noticiario es captar lo más interesante para los espectadores. Pero cuando las avanzadas exploradoras descubren un planeta en tales condiciones, lo dejan de lado. En el cielo sobran planetas sobre los cuales establecerse sin riesgo alguno, para no permitirnos el lujo de desechar aquellos que estimamos no convenientes para la vida humana.

—¿Y el suyo lo es, señor Parrish?

—Ciertamente. Y nuestra existencia allí, así como las costumbres y demás detalles, incluidos, por ejemplo, la edificación urbana, son exactamente iguales a las que se dan aquí. El planeta que habito yo, es una réplica, un duplicado de la Tierra, de tal modo que casi se diría son gemelos.

—Pero, de todas formas, debe ser muy interesante vivir allí, señor Parrish —suspiró ella.

—Quizá por la lejanía. No obstante, no hay nada que pueda compararse a nuestra amada Tierra —dijo él nostálgicamente.

—¿Qué hace usted allí, señor Parrish?

—Estoy empleado en la Eximport, señorita Sándoth. Un modo como otro de ganarse la vida.

—Ah, un empleado —dijo ella, con visible acento de disgusto, que no se escapó a la fina percepción del joven. Esto le desagradó, pero se cuidó mucho de disimularlo.

La cena siguió en un tono ligero e intrascendente a partir de aquel momento. Hebe repartió sus favores dialécticos con los demás jóvenes y al fin llegó el momento de la despedida.

Percival se llevó entonces una gran sorpresa. Sabía que había sido admitido en aquella reunión solamente por ser amigo de Corlin; sabía también que, por lo menos, adelantaba en un par de Niveles a todos cuantos allí había, o sea que todos ellos tenían un cuadrado y tres triángulos en sus brazos —niveles inferiores no hubieran sido admitidos en el «Cortvinol»—; pero lo que no se pudo imaginar era la invitación que le hizo Hebe.

—Pasado mañana es mi cumpleaños y doy una gran fiesta para celebrarlo, señor Parrish —dijo la muchacha—. Me agradaría fuera usted a felicitarme.

Percival se inclinó.

—Trataré de hacerlo, señorita Sándoth.

Ella arqueó las cejas.

—¿Sólo tratará, dice?

—Vera, he venido también para intentar el ascenso de Nivel y acaso coincida la hora de las pruebas con la de su fiesta.

—Aunque así sea, señor Parrish; vaya usted diez minutos tan sólo.

—Muy bien, señorita Sándoth; iré —contestó el joven.

A la mañana siguiente Percival ordenó le proporcionaran un taxi, mientras terminaba el desayuno. Al salir, el coche le aguardaba a la puerta del «Cortvinol». Se metió en el vehículo y dijo:

—Al Centro.

Era suficiente; todo el mundo, en la ciudad, sabía qué quería significar aquella palabra. Con un gruñido de asentimiento, el taxista arrancó velozmente, y media hora más tarde, el vehículo se detenía ante el Centro de Pruebas Psicofísicas.

Percival abonó el importe de la carrera y descendió del monorrueda, escorzando un poco la cabeza para admirar la impresionante mole del edificio, gigantesco cubo de cemento y vidrio que se alzaba hasta ciento cincuenta metros por encima de él.

Se hallaba en un extenso patio, enmarcado por jardines muy bien cuidados, pero completamente despejado en su centro. Por las enormes puertas del edificio, situadas al final de una amplia escalinata de unos quince peldaños, entraba y salía una multitud de personas, todas ellas deseosas de efectuar las pruebas precisas para, subiendo de Nivel, mejorar sus condiciones de vida, mediante el adecuado empleo que, una vez superado satisfactoriamente el examen, les sería ofrecido de modo automático.

«Ésta es la gran ambición de la Humanidad —pensó Percival para sus adentros—: mejorar y mejorar constantemente. Pero ¿cuántos lo hacen, como yo, por obligación?».

El brusco frenazo de un vehículo interrumpió repentinamente su ensimismamiento. Percival se volvió, frunciendo el ceño al darse cuenta de que el monorrueda se había detenido a escasos centímetros de su cuerpo.

Pero casi en el acto suprimió el enojo que pensaba largar a tan poco cuidadoso conductor. Hebe Sándoth se apeó ágilmente del vehículo, con una franca sonrisa pintada en su lindo rostro.

Si Hebe estaba bellísima la noche anterior con su vestido de fiesta, ahora lo parecía mucho más, que vestía un simple traje sin mangas, hasta las rodillas, sujeto a ambos hombros con sendas presillas de diamantes y ceñido al talle por un delgado cordón de oro. Otro cordón del mismo metal sujetaba sus rojos cabellos, ahora recogidos en un tirante rodete al final de la nuca.

—Hola —dijo ella.

—Hola —contestó Percival, estrechando la mano que se le ofrecía. E, inevitablemente curioso, no pudo por menos de preguntar —: ¿Qué hace usted por aquí, señorita Sándoth?

—Llámame Hebe, como todo el mundo —sonrió ella—. No me gustan las ceremonias.

—Muy bien —sonrió Percival—, siempre que usted diga Percy, como nuestro común amigo Luber Corlin. Pero todavía no ha contestado a mi pregunta.

—Tiene razón, Percy; lo había olvidado. Bien, la respuesta es sencilla: yo también quiero ascender de Nivel.

El joven arqueó las cejas, francamente sorprendido. Ella lo notó y pareció molestarse.

—¿Cómo? ¿Es que no me cree usted capaz de soportar un mísero «test»? ¿Tan pobre concepto tiene usted de mi inteligencia, pese —aquí Hebe sonrió ladinamente—, a la longitud de mis cabellos?

Percival trató de corregir su desliz.

—Oh, no, no por cierto. Ya sé que Schopenhauer no estaba en lo cierto al decir que la mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas, pero...

—Vamos, ya le entiendo a usted, Percy. Sé que me vio anoche en compañía de una pandilla de jóvenes vagos y ociosos. La niña rica rodeada de una corte de inútiles y aduladores, ¿verdad?

—Algo de eso sí que hay, a mi entender —contestó Parrish, apretando los dientes. Y ella lo notó.

Rió jubilosa.

—¿Le ha molestado?

—Oh, no, ¿por qué? Cada uno puede hacer la vida que más le

acomode o le agrade, Hebe. Además, hace apenas doce horas que nos conocemos.

—Y ello hace, sin duda, que usted no me crea capaz de pasar de un Nivel a otro, ¿verdad?

—Ignoro todo cuanto se refiere a su inteligencia, Hebe —dijo Percival con una leve inclinación de cabeza—. Sólo conozco su belleza.

—No me cite de nuevo a Schopenhauer —murmuró ella con desagrado—. Si no me cree, venga conmigo y hagamos las pruebas juntos. A propósito, ¿cuál es su Nivel?

—El Sexto, Hebe.

La muchacha lo miró de soslayo, lanzando un leve silbido. Después volvió un poco su torneado brazo, de modo que Percival pudiera ver los signos que tenía incrustados bajo la piel.

Ahora le tocó el turno de la admiración a él. Hebe tenía los tres triángulos, los tres cuadrados y un círculo.

—¡Séptimo Nivel! —exclamó el joven, sin poderse contener.

—Exacto. Y voy por el Octavo, Percy. ¿Me acompaña?

El joven sonrió:

—Trataré de ponerme a su altura, Hebe —dijo.

Caminaron bajo el sol, ascendiendo lentamente por los peldaños de la escalinata. Pasaron bajo la puerta, llegando al amplísimo vestíbulo; allí se dirigieron a una de las innumerables empleadas que atendían a los y visitantes y aspirantes.

Después de los trámites correspondientes, Percival y Hebe subieron a un ascensor, que les llevó al piso número catorce. Salieron a un corredor, buscando la puerta que les había sido indicada.

Una vez la hubieron hallado, pulsaron el zumbador.

La puerta se abrió y una atractiva jovencita salió a recibirles.

—Prueba de ascenso —dijo Percival a la empleada—. La señorita para el Octavo y yo para el Séptimo.

La muchacha parpadeó, pero no dijo nada. Se echó a un lado, invitándoles a entrar.

Una vez dentro, Percival y Hebe se encontraron en una estancia de no muy grandes proporciones, en la cual se veían cuatro cabinas de unos dos metros de alto, por otro tanto de lado, encristaladas y sólidamente aisladas las unas de las otras. Una de las cabinas estaba ocupada por un sujeto que estaba muy ocupado en sus «test» y que no les miró siquiera cuando entraron.

—Elijan la cabina que más les acomode —dijo la empleada—.

Recuerden que una vez haya cerrado yo la puerta desde fuera, no pueden salir en todo el tiempo que dure la prueba, so pena de la pérdida de los derechos a efectuarla en un plazo no inferior a cinco años. El botón verde es el de la comunicación conmigo; el rojo es el del principio de la prueba, cuyo tiempo se registra automáticamente, y el blanco es el del fin de la prueba. Para el Octavo Nivel el tiempo máximo es de tres horas; para el Séptimo dos y cuarenta y siete minutos.

La muchacha soltó su parrafada con un acento estrictamente profesional. Percival y Hebe, después de mirarse sonriendo, se estrecharon las manos.

—Suerte —dijo él.

—Suerte —repitió la muchacha.

Percival escogió su cabina. Ante él había una mesa que ocupaba la mitad del espacio, dejando el justo para que se pudiera sentar frente a la misma. La mesa tenía varios estantes, sobre los cuales había diferentes objetos, todos ellos destinados a medir la rapidez de percepción visual, la auditiva, en fin, todos los sentidos, incluidos el del gusto. La suma de todas las pruebas daba el resultado final y sobre la mesa se veía una lista de las cosas que habían de hacerse para, en su caso, pasar del Sexto al Séptimo Nivel.

Apenas hubo penetrado en la cabina, la puerta se cerró tras él. Se sentó en la silla y agitó la mano amistosamente en dirección a Hebe. La joven le correspondió. Luego, Percival, oprimió el botón del contador de tiempo.

Con toda tranquilidad encendió un cigarrillo y escogió una de las bandejas, cualquiera de ellas. Era un sencillo rompecabezas, en apariencia, cuyo tiempo de solución estaba indicado en treinta y nueve minutos. Sin esforzarse grandemente, pues sabía que no le convenía, Percival lo hizo en veinte. Al terminar, tomó una cajita con bolas de distintos colores que, al parecer, eran del mismo tamaño, pero que, sin embargo, lo tenían distinto, de tal forma, que había que situarlas en escala, dentro de una varilla de metal conectada a la mesa. Si se efectuaba un contacto eléctrico, se encendía una lamparita que daba la aprobación al ejercicio. Este era un poco más difícil, pues los diferentes colores causaban sensaciones ópticas muy engañosas acerca del tamaño de las bolas, las cuales una vez ensartadas en la varilla ya no podían sacarse de la misma.

Treinta minutos empleó Percival en una prueba para la que se concedían casi sesenta. Al terminar, tomó otra.

De las dos horas y cuarenta y siete minutos que le daban, utilizó dos y treinta y nueve, sabiendo, en su interior, que podían haberle

sobrado las tres cuartas partes. Se puso en pie, oprimiendo el botón blanco.

La empleada acudió a abrirle.

—Le felicito —dijo tranquilamente—. Un buen tiempo el que usted ha empleado.

—Gracias —contestó Percival, mirando hacia la cabina en donde se hallaba Hebe.

Como si hubieran gozado de la facultad de comunicarse telepáticamente, Hebe alzó la cabeza, sonriendo, y agitó la mano. Un zumbador sonó.

—¡Ah, ella también ha terminado! —dijo la empleada, acudiendo a abrirla.

—¿Qué tal? —preguntó Percival al reunirse.

—Un poco difícil al principio; después, todo marchó como una seda —repuso la muchacha.

La empleada se les acercó con unas delgadas planchas metálicas en la mano, en las cuales se había impreso, en relieve, el resultado de las pruebas.

—Vayan a la Sala de Verificación. Allí les darán los certificados definitivos y les grabarán los emblemas correspondientes en el brazo. Mi enhorabuena a los dos —concluyó profesionalmente la joven.

* * *

Leonard Strogodov masculló algo entre dientes cuando el capitán Percival entró a darle cuenta del resultado de sus gestiones. Se paseó unos momentos como una fiera enjaulada por el ámbito de su despacho y acabó extendiendo un huesudo índice hacia su subordinado.

—Es precisa la actuación directa, Perkins. Tráigame a ese Parrish aquí, inmediatamente.

El oficial de la Psicopolicía abrió la boca, estupefacto por lo que acababa de oír. Pero era hombre disciplinado y, sin hacer el menor comentario, dio media vuelta y salió, absolutamente decidido a cumplir lo que se le había ordenado.

Percival y Hebe salían del Centro, charlando tranquilamente, como dos buenos amigos, disipada ya la mala impresión que aquel adquiriera de la muchacha, cuando temió la disgustase la compañía de un vulgar empleado. Se detuvieron unos instantes al borde de la escalinata, disfrutando de la excelente temperatura de aquel día, y entonces fue cuando un hombre, en cuyo pecho se veían las doradas insignias de capitán de la Psicopolicía, se les acercó.

—¿El señor Percival Parrish? —inquirió, y antes de que el asombrado joven tuviera tiempo de replicarle, continuó—: Lo siento, pero deberá usted acompañarme.

CAPITULO IV



RA la primera vez que Parrish y Strogodov se veían y durante unos momentos, los dos hombres se estudiaron, mirándose fijamente a los respectivos rostros.

El asesor fue, al fin, el primero en romper el silencio. Saliendo de detrás de su amplia mesa, colocó sus manos sobre el respaldo de un cómodo sillón, invitando a su forzado huésped a tomar asiento en él.

Percival dudó unos segundos, contemplando con gesto reluctante al psicopolicía y acabó por aceptar. Uniendo las manos por las yemas de los dedos quedó en pie, frente al joven.

—Espero sepa usted dispensarme, señor Parrish —dijo al cabo—, por esto que pudiéramos llamar una intromisión en el santuario de su vida privada. No obstante, hemos de confesar que por encima de los intereses particulares del individuo, está el general, no sólo del planeta, sino de la Federación Estelar.

Percival ahogó cortésmente un bostezo.

—Un discursito a modo de introducción muy elocuente, asesor. En efecto, hay intereses generales, muy superiores a los míos, privados. ¿Y qué más?

—Verá usted —continuó Strogodov, sin cambiar de postura—. Tenemos noticias, por favor, espero que todo esto que hablamos lo considerará usted como estrictamente confidencial, ¿verdad?, de que existen en Sirio unos brotes de movimiento, digamos secesionistas y cuyos jefes tratan de separarse de la Federación, constituyendo un Estado estelar, completamente independiente del que forman parte en la actualidad. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente; pero he de hacer la salvedad de que todo cuanto me acaba de decir es nuevo para mí, asesor. Jamás he oído hablar, durante los siete años de estancia en Sirio, de tal movimiento secesionista. ¿Por qué había de querer separarse Sirio de la Tierra?

Strogodov colocó sus manos a la espalda y respiró fuerte.

—Verá usted, señor Parrish; la ambición humana no tiene límites. Hay gente, tanto en Sirio como en la Tierra, que no está contenta con lo que tiene, aun siendo mucho, y que aspira a más. A los sirianos, en particular, les parece humillante depender, como Estado federado, de la capital, que es la Tierra, y aspiran a fundarse una nación-sistema independiente, olvidando, o no queriendo reconocer, los gravísimos

peligros a que se expondrían en caso de conseguir sus propósitos.

—Yo, francamente —repuso el joven—, no veo tales peligros, asesor, aunque, quizá, mi inteligencia es demasiado limitada para esas cosas. Por otra parte, jamás me he metido en política y que Sirio continúe asociado con la Federación o se constituya en un estado independiente, me trae sin cuidado.

—¡Ah! —exclamó vehementemente Strogodov—, ahí está el mal, en la indiferencia, cuando no el desdén, de las gentes. De esto es lo que se aprovechan los perturbadores del orden establecido...

Percival se dio un par de golpecitos suaves con la punta de los dedos en la boca abierta a medias.

—Por favor, asesor, nada de discursitos demagógicos, o antidemagógicos, como usted quiera calificarlos. Lo que tenga que decir, dígamelo de una manera directa, sin rodeos ni florituras. Usted ha dicho antes que el interés general está por encima del particular, asesor. Muy bien; pero yo digo ahora: no puede hacerse perder tiempo al contribuyente, especialmente cuando éste no lo tiene para perderlo.

Los ojos de Strogodov chispearon unos momentos. Después, sonriendo untuosamente, dijo:

—Perfectamente, señor Parrish. Como usted lo desea, iré al grano, aunque haciendo la salvedad de que el anterior exordio era absolutamente preciso. Sirio quiere independizarse de la Tierra. Pero no confía en sus propias fuerzas y se está buscando apoyos.

—¿Aquí? ¿A nueve años luz de distancia?

—Exactamente —afirmó Strogodov con rotundidad—. Aquí, en el propio planeta, capital de la Federación.

—¡Hum! ¡Qué raro es y suena todo eso! Bien, prosiga, asesor.

—Con gusto, señor Parrish. Para procurarse tales apoyos. Sirio ha enviado a un agente secreto...

—¿Novelas de espionaje? —sonrió Percival—. Eso parece cosa del pasado, asesor, de hace tres o cuatro siglos.

—Nada de pasado, señor Parrish, sino presente y muy actual. Digo, y afirmo, que Sirio envió un agente con la misión de ponerse en contacto con determinadas personas de la Tierra que simpatizan con el movimiento independentista y buscar, de esta forma, su apoyo e influencias.

—¿No cree que, tal como están las cosas, esos apoyo e influencias serían cosa más bien teórica que realmente práctica? —ironizó el joven.

—No. Desgraciadamente, y esto que le digo, como todo, también es confidencial, existe un movimiento muy acentuado de simpatía

hacia Sirio. Si la cosa llegara a cristalizar, el gobierno de la Federación podría verse en un aprieto muy serio.

—Le sacan mucho jugo a Sirio para que les agrade abandonarlo así como así, ¿eh? —dijo Percival.

Por unos segundos, Strogodov miró al joven sin pestañear; después, dijo:

—Sí, así es, señor Parrish.

—¿Y no comprende que Sirio es ya mayorcito, hablando, naturalmente como Estado, para gobernarse a sí mismo?

—Cuando se colonizaron los planetas exteriores, tanto los de Alfa del Centauro como de Sirio, se acordó la Federación, cuya capitalidad, sin discusión alguna, había de estar en la Tierra. ¿Por qué variar un régimen de cosas firmemente preestablecido y que presenta innumerables ventajas para ambos bandos?

—Ah, ¿luego usted ya considera enemigos a los de Sirio? —repentizó Percival.

Strogodov se dio cuenta del desliz que había cometido al calificar de bandos a ambas partes en litigio, y se mordió los labios. No obstante, se rehízo rápidamente.

—Fue una frase retórica, simplemente, señor Parrish. Volviendo a lo que estábamos...

—Olvida usted los precedentes históricos de toda clase que existan. Aquí, en este mismo planeta cuyo suelo pisamos, asesor.

—Las cosas eran muy diferentes hace varios siglos, señor Parrish.

Percival movió la cabeza.

—Permítame estar en desacuerdo con usted, asesor. Con naves a vela o con naves interestelares, los hombres seguimos pensando lo mismo, y las colonias, intercontinentales o en las estrellas, son las mismas.

—¡Sirio no es ninguna colonia! —protestó Strogodov.

—Por supuesto, no lo es, en teoría, pero se le aproxima bastante, asesor. Y yo creo que, aunque no lo fuera, en cierto modo, los sirianos tendrían razón. Es lógico que un pueblo aspire a elegir sus propios gobernantes y a vivir de una manera razonable y honesta, sin tener que depender de un gobierno que se halla a nueve años luz y cuyos componentes no conocen los problemas que afectan a este sector de gobernados.

—¿Va a insinuar usted, que el gobierno de la Federación es una tiranía, señor Parrish?

—¡Líbreme Dios de ello, asesor! —exclamó Percival—. Pero usted ocupa un alto cargo en la Psicopolicía y, por lo tanto, le supongo

conocedor de la psicología humana. Ignoro todo cuanto se refiere al movimiento secesionista que usted me ha citado; pero estoy seguro de que si en Sirio existe una corriente de opinión en tal sentido, ello no se debe a enemistad alguna con la Tierra, sino al deseo lógico y natural de todo pueblo que cree haber llegado a su mayoría de edad, de gobernarse por sí mismo; en una palabra, de constituirse en una nación soberana e independiente amiga de todas las demás que existen en la Galaxia.

—¡Bravo, señor Parrish! —aplaudió el asesor—. Ahora ha sido usted el del discurso bonito. Cualquiera que le hubiera oído, hubiera supuesto que era un ardiente defensor de la secesión.

—Ya le he dicho que se me importa un ardite de la política, asesor —exclamó Percival con falso tono molesto—. Lo único que deseo es que, de una vez, me aclare qué es lo que quiere de mí.

Strogodov apretó los labios.

—Muy bien —dijo entre dientes—. Se lo diré en dos palabras: «¡Usted es el espía de Sirio!».

Percival no se inmutó; lo único que hizo fue encender displicentemente un cigarrillo.

—Esta conversación se registra en hilo magnetofónico, ¿verdad? —dijo.

—Sí —laconizó Strogodov.

—Le supongo enterado de que, entre mis derechos, figura el de poder llevarme una copia de la misma, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Parrish.

—Entonces, haga el favor de ordenar que me la faciliten inmediatamente. Pienso demandarle ante los tribunales competentes, ¿me comprende?

—Puede usted hacerlo perfectamente, señor Parrish —contestó fríamente Strogodov—; mas no crea por ello que va a conseguir hacer variar mi opinión. Por mucho que usted trate de ocultarlo, por mucho empeño que ponga en aparecer como una cándida paloma, nadie conseguirá desvirtuar el hecho de que es usted el agente que Sirio envía a la Tierra.

—Demuéstrelo —dijo Percival secamente.

—Lo haré en su momento, señor Parrish.

—Pierde lastimosamente el tiempo, asesor. Yo sólo soy…

Strogodov le interrumpió:

—Ya lo sé; un empleado de la Eximport en vacaciones y que, además, aprovecha estas para ascender de nivel. Precisamente hace tan sólo unas horas ha conseguido satisfactoriamente las que le han

permitido llegar al Séptimo Nivel.

—Así es, asesor.

—Todavía hay más, señor Parrish. Usted quiere seguir intentando el ascenso de Nivel. ¿Por qué, si en Sirio puede hacerlo perfectamente?

—Pero sólo hasta el Noveno. Sólo en la Tierra se pueden efectuar las pruebas que confieren el derecho a llevar el círculo doble, ¿no es así, asesor?

Strogodov asintió, mordiéndose los labios.

—Cierto. Pero usted tampoco ignora que, de fracasar, retrocedería totalmente, sin poder situarse en ningún Nivel. Pasaría a efectuar los trabajos más rudos y duros, los que nadie quiere, estrictamente manuales, tales como desecador de pantanos en Venus o colector de arena para las fábricas de oxígeno en Marte. ¿Es éste un panorama atractivo para un hombre de su inteligencia, señor Parrish?

—No, no lo es, pero he de correr el riesgo.

—¿Por qué?

—Eso es cuenta mía, asesor.

Strogodov frunció el ceño.

—Es usted un tipo duro de pelar, Parrish. Actualmente, hay apenas un par de decenas de dobles círculos, Décimo Nivel, en toda la Federación.

—Lo sé. Y todos están aquí, en la Tierra.

—Ah, luego entonces, ¿es que Sirio quiere poseer su propio Décimo Nivel?

Percival movió la cabeza negativamente.

—No, asesor; es Percival quien quiere alcanzar su Décimo Nivel. Él y nadie más.

Una chispa de interés brilló súbitamente en los ojos de Strogodov. Las aletas de su nariz temblaron unos segundos, al mismo tiempo que su cuerpo se echaba hacia adelante.

—Yo —dijo sibilinamente—, puedo hacerle alcanzar ese Nivel, Parrish. ¿Me comprende lo que quiero decirle?

—No soy espía de Sirio, asesor —contestó tranquilamente el joven, esquivando el clarísimo intento de soborno de que era objeto por parte de Strogodov.

—Yo —continuó este impertérrito—, podría facilitarle los medios de que pasara las pruebas sin el menor riesgo. Podría alcanzar ese Décimo Nivel por el que usted tanto suspira, sin peligro de fracaso... solamente con que usted me dijera todo lo que sabe.

—Gracias por sus buenos deseos, asesor —contestó Percival—, pero conmigo se engaña de medio a medio. No soy el hombre que usted busca.

—¿No, eh? —sonrió Strogodov de manera un tanto rara—. ¿Y si yo le dijera que sí?

—Está corriendo el riesgo de una demanda por difamación, asesor —repuso Percival impasible.

—Piense bien en las ventajas que le ofrezco. Un Décimo Nivel es algo así como un semidiós entre nosotros, ¿comprende?

—Gracias, pero si consigo pasar todas las pruebas, prefiero debérmelo a mí mismo, antes que a ayudas extrañas.

—Es usted la primera mosca que veo que no le guste la miel.

—Acaso es porque soy diabético —sonrió Percival.

—¿Sabe que puedo utilizar contra usted otros medios que no son los del halago y que pueden hacerle hablar igualmente, señor Parrish? —amenazóle Strogodov.

El joven se encogió de hombros.

—Hágalo. Pero me gustaría saber de dónde ha sacado esa idea tan estúpida de que yo soy su espía, asesor.

Éste le miró fijamente unos momentos; después se fue detrás de su mesa, sobre la cual —entonces lo advirtió Percival—, había un pequeño pero eficiente proyector cinematográfico.

Strogodov apagó la luz y al instante un cuadrado de pared se iluminó, apareciendo en el mismo unas imágenes. Percival contuvo el aliento al verse retratado en la pantalla y no pudo por menos de elogiar, en su fuero interno, la astucia y habilidad de los agentes de la Psicopolicía que tan bien habían sabido captar sus menores movimientos en la habitación del «Cortvinol».

Al terminar la proyección, Strogodov encendió las luces y miró sonriente al joven.

—¿Qué me dice usted ahora de todo esto, Parrish?

—Curiosidad, asesor, simple curiosidad.

—¿De cuál de los dos, Parrish: suya o mía? —sonrió ladinamente Strogodov.

—Piense como quiera, asesor; ya dije mi última palabra.

Aquella singular sonrisa no desaparecía del rostro de Strogodov y esto empezó a intrigar al joven, aunque, en todo momento, procuró disimularlo. De pronto, el asesor oprimió un botón y por segunda vez las luces de la estancia volvieron a apagarse.

Pero, en cambio, todo el lienzo de pared que había frente al

joven, un muro de unos cuatro metros de alto por diez de ancho, se iluminó suavemente.

Parrish contempló, extrañado, el nuevo fenómeno. La luz se hizo de modo gradual, como surgiendo del otro lado, a través del muro que, al mismo tiempo que la luz se fue haciendo transparente hasta parecer no existir. Y cuando tal cosa sucedió, un horrible estremecimiento sacudió de pies a cabeza todo el cuerpo del joven.

Por unos instantes, Percival se preguntó si no estaría en el centro de una horrible pesadilla. Pero no tardó en darse cuenta de que lo que sucedía era la más absoluta y espeluznante realidad.

Al otro lado del muro de vidrio y sujetas al mismo, por pies y manos, en aspa había dos personas, a las cuales tardó un poco Percival en reconocer. Eran el recepcionista del «Cortvinol» y la vendedora de tabaco, pero en un estado que hacía difícil su identificación.

Los dos estaban cubiertos apenas por unos harapos ensangrentados. Con los ojos fuera de las órbitas, Percival advirtió que a ambos les faltaban anchas tiras de piel en brazos y piernas. La sangre derramada había formado unos hilos que, uniéndose en mayores arroyos, habían causado rojos charcos a los pies de las víctimas. Dos hombres, desnudos de cintura para arriba, y los dos empuñando sendas navajas barberas así como unas afiladas pinzas, permanecían inmóviles, uno a cada lado de su víctima.

Percival tragó saliva sin apenas darse cuenta de que lo hacía. Estuvo sujeto a aquel siniestro encantamiento hasta que, junto a sus oídos, percibió la reptilesca risa de Strogodov.

—Todavía viven y pueden curar, Parrish —dijo el asesor—. Incluso los especialistas en cirugía estética pueden reponer la piel que mis hombres les han arrancado.

Una oleada de hirviente cólera golpeó bruscamente el pecho del joven. Sin darse cuenta de lo que hacía, ciego, perdidos los estribos, se puso en pie de un salto, arrojándose contra Strogodov.

—¡Maldito canalla bastardo! —rugió, pero, de pronto, se detuvo en seco.

Strogodov empuñaba un arma, en su mano derecha y ésta no temblaba en lo más mínimo.

—¡Quieto, Parrish! No me toque o, de lo contrario y aun sintiéndolo muchísimo, tendría que pulverizarle con una descarga de luz sólida. Vuelva al sillón y dígame si está dispuesto a hablar. En caso contrario...

La barbilla de Strogodov indicó con gesto sobradamente elocuente a los dos desdichados prisioneros, cuyas bocas se abrían y cerraban continuamente en una ininterrumpida sucesión de gemidos

de dolor que no podían escucharse en aquella estancia, insonorizada respecto de la cámara del tormento.

Percival se estremeció de nuevo y con paso vacilante, sintiendo unas terribles náuseas en su estómago, volvió al sillón.

—No sé nada de lo que usted quiere de mí, asesor —murmuró con voz sorda.

Strogodov se inclinó hacia adelante.

—¿Piensa que soy tonto, Parrish? —dijo.

—Sí, porque siempre he creído que era usted un Psicopolicía y que si quería hacer hablar a esos desdichados, podría utilizar otros métodos que no fuesen los propios de la Edad Media. ¡Suéltelos inmediatamente, villano!

—¡Ni pensarlo, Parrish! ¡O habla usted o esa pareja morirá de la forma que usted ha visto!

El joven apretó los labios, hundiéndose aún más en el mullido del sillón. Calló.

Strogodov hizo un gesto con la mano. Los esbirros continuaron su labor y la sangre volvió a correr a torrentes por el suelo.

Percival se clavó las uñas en las palmas de las manos, presenciando aquel inhumano tormento. Largas tiras de piel eran arrancadas sin compasión a los supliciados, los cuales se retorcían epilépticamente, tratando en vano de huir a los horrorosos tormentos que padecían.

—A veces —dijo Strogodov plácidamente—, los procedimientos antiguos suelen tener éxito. Pero en este caso, parece ser que fracasamos. Los prisioneros son muy testarudos, ¿no cree usted, Parrish?

Percival no contestó. Strogodov entonces, apretó un botón y al instante un turbión de agudísimos chillidos penetró en la estancia.

El joven se tapó los oídos y cerró los ojos, pero todo fue inútil; los gritos de los desgraciados le seguían llegando, en tanto que las espantosas imágenes continuaban taladrándole el cerebro.

—¡Oh, basta, basta ya! —clamó a voz en cuello.

Strogodov adelantó un paso, anhelante.

—¿Hablará usted, Parrish? —dijo, inquisitivo.

El joven volvió su vista una vez más hacia la cámara del tormento. La muchacha había cesado ya de gritar y tenía la cabeza doblada sobre su cuerpo en carne viva. El recepcionista movía aún los labios, pero apenas si emitía otra cosa que roncos sonidos que no podían entenderse.

—No sé nada —contestó Percival firmemente, respirando muy hondo.

La chica fue la primera en morir. El recepcionista la siguió unos minutos más tarde.

Strogodov volvió la estancia a su aspecto habitual. También él estaba un poco pálido, aunque lo disimulaba mucho mejor que el joven.

Percival dijo:

—Algún día pagará usted esto que ha hecho, asesor. ¡Se lo juro!

—Cuide usted, Parrish, de no ser usted mismo el próximo. De momento, lo dejo libre; pero no crea que lo hago por benevolencia. Esperándole a usted hay varias personas a las cuales me interesa atrapar... ¡y usted y ellas acabarán por caer en mis manos!

—¡Pero usted caerá antes... al suelo! —gritó Percival disparando su puño derecho. Crujió la mandíbula del asesor y este se desplomó hacia atrás como una masa inerte.

CAPÍTULO V



ERCIVAL se sentía muy enfermo. Tanto era así, que toda su distracción, en aquellos momentos, era contemplar el fondo de su copa, lamentablemente vacío, en espera de que el atareado «barman» acudiera a sacarle de apuros, volviendo a llenarle recipiente de aquel brebaje alcohólico que tan excelente sabor tenía.

—¡Puerca vida esta! —mascullaba el joven entre dientes—. Rómpase usted los sesos y déjese los ojos en la mesa de estudio, intentando ascender de Nivel: ir a mejorar de vida y todo ¿con qué fin? Los Niveles fueron establecidos hace siglos con el objeto de procurar el estímulo entre los humanos y que nadie pudiera conseguir cosas que no hubiera ganado con su propio esfuerzo. ¿Y qué es lo que se ha conseguido con todo esto? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Una inmunda porquería!

Una mano surgió sujetando una botella, cuyo chorro cayó sobre la copa, de auténtico vidrio. Con ojos impacientes, relamiéndose los labios, Percival vio subir el licor por la copa hasta quedar a escasos milímetros del borde. Entonces, sin la menor vacilación, se la llevó a la boca y vació de un trago la mitad.

El líquido ardiente pareció inyectarle fuego en las venas. Más animado todavía, continuó su apenas audible soliloquio.

—Estas diferencias no debieran existir —gruñó entre dientes—. Aquí hay una niña rica y ociosa, aunque de gran inteligencia, eso es cierto, cuya toda labor se cifra en gozar y divertirse... Debieran estar abolidos empleos como el de este «barman» de ojos de pescado, los criados y los mayordomos... y Hebe, sin embargo, los tiene a patadas... Y no digamos nada de esta choza en que vive... Con la cuarta parte de su valor podrían comprarse todas las acciones de la Eximport y aún sobrarían «garants» para remediar medio presupuesto de un planeta pequeño... ¡Asquerosa vida! —concluyó, liquidando de otro envite el resto del licor que le quedaba en la copa.

Pero, en realidad, tales sentimientos de amargura apenas si existían en la mente del joven. Harto sabía él que, pese a todos los esfuerzos realizados por los gobernantes, no se había podido lograr una nivelación absoluta en las masas humanas, acerca de lo cual Egger Sándoth, el padre de Hebe, hubiera podido decir mucho y muy substancioso. Desgraciadamente, Egger Sándoth, hábil y astuto negociante, había muerto varios años antes, dejando a la muchacha en posesión de una incalculable fortuna, que Hebe no habría podido disipar ni aun empleando en ello la totalidad de sus fuerzas.

Lo que al joven le amargaba la existencia en aquellos momentos no era el convencimiento de las fabulosas riquezas de Hebe, ni tampoco la espesa corte de moscones que revoloteaban en torno de ella. No. Percival tenía aún frente a sus ojos las espantosas imágenes que sus retinas captaran veinticuatro horas antes y el recuerdo de que se había visto precisado a dejar morir a dos seres, inocentes además, sin poder hacer nada por evitarlo, le tenía terriblemente desasosegado.

—¡Algún día pescaré por mi cuenta a ese condenado Strogodov y entonces seré yo quien le arranque la piel a tiras! —renegó, furioso.

El «barman» pasó por su lado y con ágil gesto, Percival lanzó su mano, atrapando la botella. Vertió más licor en la copa y continuó bebiendo.

A sus espaldas, el estruendo de la fiesta de cumpleaños de Hebe iba «in crescendo». Un par de centenares de jóvenes de ambos sexos, entre los cuales se encontraban mezcladas algunas personas de edad madura, bailaban furiosamente a los acordes de una auténtica orquesta de viento y cuerda; el solo pensamiento de sus honorarios estremeció a Percival. Muy, muy rico se tenía que ser para poder costear un lujo semejante, pero en la fortuna de Hebe aquello debía ser menos que una gota de lluvia en la extensión del océano.

Poco a poco, el licor fue haciendo sus efectos en el organismo del joven, máxime teniendo en cuenta que este no estaba acostumbrado a la bebida. En circunstancias normales, hubiera caído ya redondo bajo la barra hacía rato, pero su misma excitación le impedía sentir los

efectos del alcohol, manteniéndole en pie de una forma poco menos que milagrosa.

Vacilando levemente, se volvió, apoyando los codos en el mostrador. El bar estaba instalado en una plataforma separada del resto del suelo por una media docena de peldaños, de modo que desde allí podía divisarse con toda perfección el espectáculo de la fiesta.

El lugar en que se hallaban era un inmenso salón, de estilo pretendidamente egipcio, modernizado y estilizado, en el que seis grandes columnas tatuadas simétricamente en dos hileras frente a la puerta de acceso, ponían una grave nota de decoración. No había ventanas y sí un gigantesco techo de cristal que permitía el paso de la luz durante el día, sin que la iluminación que en aquellos momentos había, permitiera ver el brillo de las estrellas.

Percival empezó a decirse que no tenía objeto su estancia en aquel lugar y que lo mejor que podía hacer era irse a otro sitio a concluir la borrachera que acabara de quitarle de frente a sus ojos las espantosas imágenes de aquella pareja de desgraciados a quién la vesania de Strogodov había hecho desollar vivos. Pero también, se decía al mismo tiempo, quería olvidar su propia cobardía al no hablar. ¿Era tan importante su silencio?

¿Debía haber hablado, salvando así dos vidas inocentes? ¿Qué podían importarle a él los problemas de la Tierra y de Sirio?

—Te comprometiste a una tarea y, por encima de todo, ocurra lo que ocurra, debes llevarla a cabo. Nadie te obligó, pero si tú mismo accediste a hacerlo, no te quejes, pues, de las consecuencias, fueren estas cuales fueren.

Percival asintió con un lento y pesado movimiento de cabeza. De pronto se estremeció.

Aquella voz que había hablado no era la suya. Aturdido por el licor, en los primeros instantes había creído ser él mismo quien se dirigiera aquellas frases.

Giró la cabeza en torno suyo. De momento no vio a nadie, pero luego se dio cuenta de que una mujer estaba a su lado.

Hebe le volvía la espalda y charlaba animadamente con Lou Bernick. ¿Habría sido ella la autora de aquellas palabras?

—¡Hebe! —exclamó, sin poderse contener.

La joven giró sobre sus talones. Estaba encantadora, pese al fastuoso lujo que había desplegado en su indumentaria y tocado y que en cualquier otra mujer hubiera podido pasar por excesivo. Pero en ella, su belleza dominaba todo, incluso al pesado traje de hilos de oro, a la costosa diadema del mismo metal y gemas que rodeaba su frente y a los brazaletes y ajorcas que ceñían sus brazos y tobillos.

—¡Percy! —exclamó ella, sonriendo de manera muy atractiva—. No te había visto. ¿Es esta la manera de felicitar en su cumpleaños a tu anfitriona?

—Cuando... cuando llegué estabas muy ocupada... y no quise molestarte.

—Me molesta el que no lo hayas hecho, Percy —dijo ella—. Felicítame, anda.

Percival miró su copa vacía. Ella entendió y se echó a reír.

—Moss, trae más champaña.

Cuando las copas estuvieron llenas, Percival alzó la suya.

—Porque llegues a bicentenaria, rodeada de una innumerable corte de descendientes, Hebe. Y porque éstos se enorgullezcan de tener como ascendiente a un doble círculo.

—Gracias, Percy. Una felicitación muy cumplida. Pero me temo que en una parte de ella te equivocas. No pienso llegar al Décimo Nivel.

Percival se encogió de hombros.

—Como quieras. Mi opinión, sin embargo, es que tienes capacidad suficiente para pasar todas las pruebas con los ojos cerrados. Dame más champaña, Hebe; está estupendo.

La aguda percepción de la muchacha no dejó de captar la nota de amargura que latía en las palabras del joven.

—A ti te ocurre algo, Percy —dijo ella—. Y todo ha sido desde que te interrogaron en la Psicopolicía.

Percival despachó de un trago su copa y luego hipó.

—¡No... no es nada, Hebe! Fue... algo de puro trámite... un mero formulismo...

Pero si creía que Hebe iba a darse por satisfecha con aquellas vagas disculpas, se equivocaba de medio a medio. Ella le tomó el brazo, al mismo tiempo que miraba a su acompañante.

—Dispénsanos unos momentos, ¿quieres, Lou? —y sin aguardar a más, se llevó a remolque al joven.

Rodearon el salón, yendo a parar a una pequeña habitación sin, aparentemente, otro medio de comunicación que la puerta de entrada. Hebe la cerró cuidadosamente y luego fue hacia una mesita sobre la que había servicio de licores.

Llenó a medias dos copas, ofreciendo una a su huésped. Le miró fijamente al fondo de los ojos.

—Bebe, Percy, y cuéntame lo que te ocurrió ayer con el asesor.

Después de un largo sorbo, el joven dijo:

—¿Para qué quieres saberlo, Hebe? ¿No ves que estoy bien y que no me ha ocurrido nada? Ya te digo… asuntos de trámi…

—No me engañas, Percy, por más empeño que pongas en ello. El asesor no anda molestando así como así a la gente, y menos a la que está, como tú, en período de pruebas. A no ser, claro está, que tenga muy poderosos motivos para hacerlo, ¿me comprendes?

Percival liquidó la copa y sé encogió de hombros.

—¿Qué puede eso importarte a ti, la joven hermosa y rica heredera, por obtener cuya mano millones de hombres harían las más audaces extravagancias? Ya te digo que…

—No tienes confianza en mí, Percy —se dolió ella—. Si te amenaza algún peligro, yo tengo amistades e influencias, ¿sabes? Podría…

—¡No me ocurre nada! —exclamó él, un tanto abruptamente—. Te digo y te repito que fue sólo un interrogatorio de puro formulismo.

—Los interrogatorios que hace el asesor en persona carecen de todo formulismo. Son algo más que simples palabras, Percy.

—¿Qué te hace suponer que…? —y de repente, el joven se estremeció, mirando a la muchacha como hipnotizado.

Sus manos se dispararon bruscamente, atenazando los redondos hombros de Hebe.

—¿Cómo sabes tú —gruñó—, que fue el asesor en persona quien me estuvo interrogando? ¿Quién te lo ha dicho? ¡habla, contéstame!

Ella intentó desasirse.

—¡Suéltame, Percy! ¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame, te digo!

Pero las manos del joven no abandonaban su presa.

—¿Quién te dijo que fue el asesor en persona quien estuvo interrogándome? ¿Qué misteriosas conexiones tenéis tú y él? Pero ya lo estoy viendo, Hebe; tú también eres de la pandilla y…

Respirando muy hondo, Percival dio un paso hacia atrás, con una expresión despreciativa pintada en su rostro.

—Ahora parece que empiezo a comprender las cosas —dijo.

—¡No! ¡No las entiendes! —gritó ella apasionadamente—. ¡Estás equivocado, Percy! ¡Confía en mí; te lo ruego por lo que más quieras!

—Yo no quiero a nadie más que a mí mismo —contestó él con desgarro—. ¿Tendrías inconveniente en enseñarme la puerta?

—¡Percy!

—¿O tendré que irme yo solo? —continuó él, implacable.

—¿Es esta tu última palabra, Percy? —preguntó Hebe, descorazonada.

—Sí —contestó él, rotundamente.

—Muy bien —murmuró la muchacha—; entonces, te acompañaré. Pero quiero que sepas que, por lo que a mí respecta, estás completamente equivocado y…

—No tengo ganas de discutir el asunto con un esbirro del asesor, muy bello y hermoso, eso sí, pero que no por ello deja de serlo. Ahora me explico tu facilidad en alcanzar el Octavo Nivel. ¿Es ésta una capa para encubrir tus actividades?

—Si no quieres recibir mi ayuda —dijo ella, rígida, envarada—, por lo menos te suplico no me insultes.

—Las gentes como tú carecen de la sensibilidad suficiente para percibir los insultos. ¿Por dónde se va a la calle?

Los brazos de Hebe cayeron laciamente a ambos costados de su cuerpo. Dio media vuelta y salió de la estancia, seguida por su irritadísimo huésped.

Apenas lo habían hecho cuando se tropezaron con las personas. A una de ellas la conocía Percival de sobra. Pero la otra, un hombre lujosamente ataviado, a pesar de lo cual no conseguía disimular su fofa obesidad, le resultó nueva por completo.

—¡Ah! —exclamó volublemente el asesor—. Aquí tenemos a nuestra linda anfitriona, gallardamente acompañada de un apuesto varón. Hebe, la deseo a usted mil felicidades en el día de su natalicio.

—Gracias —dijo ella, con una pálida sonrisa—. Asesor, tengo el gusto de presentarle al señor Parrish.

—Ya nos conocemos —sonrió Strogodov—. Por cierto que ese conocimiento se entabló ayer en medio de una conversación muy substanciosa e interesante, ¿no es así, señor Parrish? Pero, ¡oh, qué descuidado soy! Olvidé presentarles a ustedes a mi jefe, el director de Seguridad Pública.

Hebe hizo una pequeña reverencia en tanto que Percival doblaba la cabeza.

—Excelencia —murmuraron los dos jóvenes a la vez.

Hubo un breve intercambio de frases entre las cuatro personas y al fin Hebe, con habilidad, consiguió arrancar a Percival de allí. Pero el joven persistía en su primitiva idea y no hubo forma humana de hacerle cambiar de opinión.

—Sigo repitiendo que eres un testarudo, Percy, y desconfiado además. No sabes lo que te pierdes…

—Gracias —dijo él secamente—. La puerta es hacia allí, ¿no?

—Sí —contestó la muchacha en el mismo tono—. Adiós y que concluyas con éxito tus pruebas.

Percival no contestó. Procurando contener la tendencia de sus pies a salirse de la línea recta, se encaminó hacia la salida.

Fuera de la puerta, y ya frente al umbroso jardín que rodeaba la inmensa mansión de la muchacha, se detuvo unos instantes, gozando del aire fresco y perfumado de la noche. Aspiró hondamente y luego, con alguna torpeza, trató de buscar cigarrillos.

En aquel momento, alguien salió de la casa con tal rapidez que, chocando bruscamente contra él, estuvo a punto de derribarle al suelo. Percival dio dos o tres ridículos saltitos, en sentido lateral, tratando de recobrar el perdido equilibrio, en tanto que de su boca salían poco agradables locuciones acerca de las gentes insensatas que no sabían moderarse en el consumo del alcohol.

Pero el hombre que había tropezado con él no pareció hacer caso de tales florilegios. Por el contrario, pareció muy aliviado al verle.

—¡Ah, eres tú, Percy! —exclamó su amigo Corlin—. He tenido suerte, creía que te habías ido.

—Eso es lo que estaba tratando de hacer —masculló el joven, no contento todavía—. ¿Dónde has puesto los ojos, Luber?

—Quisiera poder ponerlos en ti, pero como objeto de mi contemplación, Hebe me parece infinitamente superior. Sin embargo, y a fuer de buen amigo de los dos, me veo constreñido a cumplir con una misión que, en caso contrario, me hubiera desagradado profundamente.

—Déjate ya de rodeos y desembucha de una vez —rezongó el joven—. ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Hebe.

—Sí. Hebe. Hebe ¿qué?

—¡Idiota! —masculló Corlin—. ¿Es que no lo enciendes? Hebe quiere verte.

—Acabo de dejarla. ¿Por qué habría de querer verme de nuevo?

Corlin alzó los hombros.

—¡Mujeres… puaf! —escupió con desprecio—. No me lo preguntes a mí —y sin más dio media vuelta, diciendo, en tanto se alejaba—: Ve si quieres; está en la habitación pequeña en que os visteis antes. Y si no, que te ahorquen por memo.

Percival dudó unos instantes. No acababa de entender aquello. ¿Por qué, y al parecer con urgencia, quería verle nuevamente Hebe, habiéndole dejado tan solo unos minutos antes? El pensamiento de que la muchacha y Strogodov podían estar relacionados, cosa que, según las circunstancias, era más que probable, avivó su atención, haciéndole dar una media vuelta que, en otro caso, no hubiera, hecho.

Se dirigió hacia la cámara, sorteando la masa de invitados. No acababa de creer que Hebe pudiera tener relación con un individuo que, de modo tan sanguinario, había dispuesto de la vida de dos de sus semejantes. Sintió que una náusea le estrujaba el estómago, pero, dominándose, siguió adelante.

Al llegar a la puerta de la habitación, vaciló, Asió el pomo con dedos renuentes y por unos instantes estuvo a punto de enviarlo todo al diablo y marcharse de allí. La curiosidad, sin embargo, pudo más que todo.

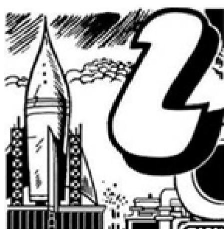
Abrió la puerta decididamente. Se extrañó mucho de hallar la cámara completamente a oscuras. Presintió un vago peligro e instantáneamente, pese a los todavía duraderos efluvios del alcohol, todos sus sentidos se alertaron.

Dio un paso hacia adelante y en aquel momento advirtió la presencia de otra persona en aquel lugar. Un conocido perfume —el de Hebe era único— hirió su pituitaria. Se volvió.

Era tarde ya. Algo le golpeó la cabeza con fuerza y las rodillas le flaquearon.

Trató de mantenerse en pie, pero el desconocido —¿o era Hebe?— repitió el golpe. La conciencia huyó de la mente del joven, el cual se dejó hundir, de modo consolador, en un abismo de negrura sin fin.

CAPÍTULO VI



AS pupilas de Percival fueron duramente golpeadas por una luz. El joven abrió los ojos un segundo, pero los volvió a cerrar al instante, sin poder resistir la brillante iluminación que se derramaba sobre él.

La luz quedó opacada en parte por una sombra que se interpuso entre ella y sus pupilas. Percival tardó unos segundos en comprender que era la sombra de la cabeza de Hebe la que le proporcionaba aquel momentáneo alivio.

Sonó su voz.

—¡Percy! —exclamó ella—. Percy, ¿qué te ha ocurrido?

El joven trató de incorporarse y al hacerlo sintió un vivo dolor en la nuca.

—¡Uf! —se quejó—. Parece como si me hubieran arrojado un asteroide a la cabeza. Yo…

Percival calló de pronto, sintiéndose las manos húmedas, mojadas en una sustancia de pegajosa viscosidad. Se las miró y al instante un

frío helador le invadió hasta la médula de los huesos.

—¡Esta sangre no es mía! —exclamó, recorriendo luego con la vista sus ropas, manchadas también de rojo.

—No —dijo Hebe—; es del hombre que está a tu lado, Percy.

Éste miró a la muchacha unos segundos con expresión de incredulidad. Luego volvió la cabeza lentamente, estremeciéndose de arriba abajo.

El cuerpo de una persona yacía a dos pasos de distancia de él en una postura que Percival calificó de irremediable, no sólo por la posición de sus miembros sino también por la ancha herida que el muerto tenía en el cuello y que semejaba una roja segunda boca, sin dientes, riendo siniestramente.

—¡El director de Seguridad! —exclamó en tono bajo, amedrentado.

—Cierto —contestó ella impasible—. Y, según todas las apariencias, tú le mataste, Percy.

Olvidando todos sus males, disipados por completo los efectos de la embriaguez, Percival se puso en pie de un salto.

—¡Qué! —aulló—. ¿Qué estás diciendo? ¿Matar yo al director? ¡Estás loca, Hebe!

—No lo estoy —contestó ella firmemente, pero procurando, en todo momento, tener la vista alejada del macabro espectáculo que constituía Jean Dumonnet degollado—. Todos los indicios te acusan, Percy; incluso ese puñal que tenías en la mano cuando yo llegué.

El joven miró el arma homicida que, aún cubierta de sangre, yacía a su lado sobre el alfombrado suelo.

—Yo no he sido —dijo—. Vine aquí y alguien me golpeó.

—Cierto: el director. Míralo, Percy; es un jarrón más fuerte que tu cabeza. ¿Por qué le mataste, Percy? —exclamó ella, con acento dolorido.

Antes de contestar, el joven contempló el objeto señalado por la muchacha, hallando que era un artístico florero de oro, alto y estrecho, todavía sujeto entre los crispados dedos del muerto. No era nada difícil ver en él un pequeño mechón de pelos que Percival supuso, con razón, procedentes de su nuca.

—Yo no he matado al director, Hebe; te lo juro. Vine aquí… ¿por cierto, no me llamaste tú?

—No —movió ella la cabeza—. Después de la despedida que hicimos, ¿por qué había de llamarte?

—Corlin me alcanzó y me dijo que tú querías verme. Entonces retrocedí y vine aquí. Al entrar, alguien me golpeó. No sé más hasta

que tú has entrado en la cámara.

—¿Qué yo te había llamado? —murmuró la joven con extrañeza —. Pero si...

—Puedes comprender que yo no he matado al director con sólo que mires el florero. Un golpe con ese artefacto, bien asestado en la nuca, como me lo dieron a mí, causaría la muerte instantáneamente. Y yo sólo fui atontado durante —consultó el reloj, calculando el tiempo a partir de la despedida—... durante quince minutos escasos. ¿No lo entiendes así?

Ella vaciló, apretando los labios. Percival dijo entonces:

—Estoy pensando en si fuiste tú la autora del crimen, Hebe.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te hace suponer tal monstruosidad? Hasta esta noche no había conocido yo a Dumonnet...

—Pero me hiciste llamar. Y olí tu perfume al entrar aquí. Esto no hay quien me lo haga dudar, Hebe. Tu perfume no es fácil de confundir.

La muchacha abrió los ojos enormemente.

—Desde que salimos de aquí, no había vuelto hasta que me dijeron que tú querías verme de nuevo. Pensé que querías pedirme excusas...

—¿Pedirte excusas yo por tus relaciones con el asesor? ¡No digas tonterías! ¡Yo no te he llamado! Seguro que fue también cosa de Corlin...

Hebe sacudió la cabeza.

—Fue Homer Fonseca el que me dio el aviso, Percy.

El joven abrió la boca, estupefacto.

—Homer... Fonseca... —repitió.

—Justamente —asintió ella—. Podrás creerlo o no, pero yo también me sentí infinitamente asombrada al recibir lo que creí tu aviso. Vine hacia aquí y me encontré con este cuadro... ¡Oh, no sé cómo he podido mantener la serenidad sin desmayarme!

—Aquí hay algo que no alcanzo a comprender del todo. Alguien quería mal al director, por los motivos que fueran, y lo asesinó, cargándome o tratando de cargarme a mí el crimen.

—Y lo malo es que todas las pruebas están en contra tuya, Percy —dijo ella con frío acento.

El joven se estremeció. Miró en torno suyo, advirtiéndose centro de una diabólica conspiración. Los golpes recibidos en la cabeza, que tomarían como la lógica defensa de un hombre atacado; las manchas de sangre en las ropas y epidermis; las huellas dactilares que, con toda

seguridad, aparecerían en el mango del puñal y que serían las suyas, indiscutiblemente; el ser considerado como el espía de Sirio... Una hábil maniobra de Strogodov quien, al mismo tiempo, mataba dos pájaros de un tiro: el hombre que le cerraba el paso hacia un puesto más elevado y el agente cuyo descubrimiento desbarataría todos los planes largamente elaborados en Sirio. De aquí a la Presidencia, el camino resultaría relativamente fácil y...

—Tendré que irme, Hebe —dijo al cabo—. Es decir, siempre que tú no quieras retenerme para entregarme a la Psicopolicía.

—Correré el riesgo, Percy. Pero te ayudaré, pese a que tú no quisiste franquearte antes conmigo. Si lo hubieras hecho, tal vez ahora te verías libre de este compromiso.

—Si no hubiera sido este, ya hubiera encontrado Strogodov otra manera de... A propósito —se interrumpió bruscamente el joven—, ¿dónde está tu amigo el asesor?

Ella pasó por alto el insultante tono de las últimas palabras del joven. Dijo:

—Hará unos diez minutos que se despidió de mí. Dos o tres antes de que Fonseca me diera el aviso de que tú querías verme.

—¡Puerco traidor! —masculló Percival—. Lo ha sabido hacer bien, pero no conseguirá sus planes. Y en cuanto a esa pareja, Corlin y Fonseca, yo les daré...

—Deja ahora tus planes de venganza, Percy. Lo primero que tienes que hacer es cambiarte de ropa. Ven conmigo; yo te proporcionaré un traje limpio.

—Pero no puedo salir por aquí delante; me verían todos tus invitados y...

Ella sonrió enigmáticamente, de un modo que, en principio, no supo comprender el joven. Dio unos pasos, rodeando cuidadosamente el voluminoso cadáver del director, y se dirigió hacia la pared frontera a la puerta.

Una vez allí, oprimió un pulsador apenas visible y un lienzo del muro se descorrió, dejando ver un negro hueco. Hebe se echó a un lado.

—Por aquí, Percy —dijo.

El joven vaciló y ella se dio cuenta.

—¿Tienes miedo de mí? Estoy tratando de salvarte, Percy; tenlo en cuenta.

—No es eso —sacudió él la cabeza—. Mis dudas se deben... ¿A dónde va a parar este pasadizo propio de una novela de aventuras?

En aquel momento, un agudo sonido se oyó por encima del

estruendo de la fiesta.

Hebe palideció levemente y exclamó:

—¡Aprisa, Percy! La Psicopolicía está llegando y si te encuentran, te detendrán sin pararse en más.

Pero el joven vacilaba todavía.

—No puedo irme así; estoy cubierto de sangre…

—Nadie sino yo conoce la existencia de este pasadizo. Desciende cuarenta escalones, al cabo de los cuales te encontrarás con una puerta. Al otro lado hallarás lo necesario. ¡Aprisa, Percy, aprisa!

—Pero ¿y luego?…

La muchacha ya no le contestó; le dio un fuerte empujón, con un ímpetu que pocos habrían podido sospechar bajo tan delicada anatomía, y Percival salió trastabillando hacia adelante.

Antes de que pudiera darse cuenta, la luz proveniente de la estancia se extinguió totalmente. A Percival le pareció haberse quedado ciego de repente y no pudo contener un escalofrío de emoción.

No obstante, se rehízo casi enseguida. Avanzó a bulto, tanteando el terreno con pies y manos hasta hallar el comienzo de la escalera.

Una vez en ella, contó cuidadosamente los escalones, hasta completar el total de los indicados por la joven. Dio dos o tres pasos más y entonces se tropezó con la puerta, cuyo pomo giró con fácil sencillez una vez lo hubo encontrado en las densas tinieblas en que se hallaba sumido.

Cerrando la puerta tras sí, tanteó por la pared hasta hallar el interruptor de la luz. Vio que se encontraba en una habitación cómodamente amueblada, sin el excesivo lujo de las habitaciones superiores y no tardó en deducir que aquello, en tiempos, había sido un refugio antiatómico construido quizá por un exceso de previsión de Egger Sándoth.

Como fuera, el caso era que, de momento, no corría ningún peligro. Había un par de puertas en la estancia, una de las cuales conducía a un cuarto de baño, bajo cuya ducha se limpió de las manchas de sangre del infeliz Dumonnet.

Envolviéndose después en una toalla, buscó por todas partes hasta hallar ropa, que se puso, tras algunos tanteos. Una vez equipado, buscó en la que se había quitado hasta hallar tabaco y cerillas.

Abrió el paquete.

Con un pitillo encendido, Percival se paseó por la estancia, meditando acerca de su situación, que no podía ser más comprometida.

Hebe tenía toda la razón del mundo. Lo mirara como lo mirara, la muerte de Dumonnet se la iban a cargar a él.

En cualquier otro caso, el asunto podría haber pasado más o menos desapercibido. Pero no ahora que el muerto era el propio director de Seguridad.

Strogodov removería cielo y tierra hasta encontrarlo y una vez que tal cosa hubiera sucedido, ya podía considerarse como descartado por completo. Aun suponiendo que, merced a una habilísima defensa unida a muchas circunstancias favorables más, consiguiera salir absuelto, debería estar encerrado el tiempo suficiente para que Strogodov y su pandilla consiguieran llevar a cabo sus propósitos. A largo plazo, su vida no les interesaba; eran más atractivas sus actividades que cualquier otra cosa y si las interferían, se darían por más que satisfechos. Incluso, al concluir todo, Strogodov le pediría perdón y le despediría dándole afectuosas palmaditas en el cuello.

Después pensó en otro asunto a resolver: el de las llamadas. Corlin había ido a buscarle en nombre de Hebe, pero Fonseca había avisado a la muchacha... ¿por orden de quién? Percival era lo suficientemente inteligente para comprender que en un asunto como el suyo no existían inocentes ni indiferentes, sino que todos podían ser sospechosos. Incluso la misma Hebe.

Se estremeció al formular esta idea. ¿Hebe sospechosa? ¿Y por qué no? ¿Por qué no había de ser ella misma la autora de la trampa? Sobre todo, si recordaba el modo tan hábil con que habían sido filmados todos sus movimientos en el «Cortvinol». No aparecería la escena de la muerte de Dumonnet, pero sí se le vería a él en la estancia, con el puñal en la mano y las ropas llenas de sangre. Y para lo que quería Strogodov, esto era más que suficiente. Incluso el hacerle huir podría servir aún más a sus planes, puesto que la fuga era una plena confesión de culpabilidad. «Los inocentes no huyen», se dijo el joven, aspirando nerviosamente el humo del cigarrillo y sin dejar de dar cortos y rápidos paseos a todo lo largo de la estancia.

Estaba terminando el pitillo cuando, de pronto, sintió un ruidito extraño.

Instantáneamente, todos sus sentidos se alertaron. Lamentó no tener un arma a mano, pero hizo caso omiso de ello. Saltando hacia adelante, tocó con la mano el interruptor de la luz y las tinieblas cayeron sobre la habitación.

Luego, recordando la disposición de los muebles en la misma, tanteó en la oscuridad hasta hallar un pesado sillón tras el que se agazapó. Permaneció a la expectativa, conteniendo dificultosamente los violentos latidos de su corazón.

Unos pasos sinuosos se percibieron en el absoluto silencio de las tinieblas. El jadeo mal reprimido de una respiración humana llegó hasta sus oídos.

De pronto, Percival se envaró. Acababa de advertir un detalle en el que hasta entonces no se había fijado. El desconocido, fuera quien fuera, no venía de la misma dirección que él había traído, sino que aparecía por el lado completamente opuesto a la escalera por la que él había bajado al sótano.

Esto le dio una idea al joven. Ya contaba con que el sótano, como todos los refugios contra bombardeos, debía tener otra salida, pero él la ignoraba. Si conseguía sorprender al desconocido, podría forzarle a que se la enseñara y entonces...

Tensó todos sus músculos, disponiéndose al ataque para cuando llegase el momento oportuno. Bruscamente, un delgadísimo rayo de luz hendió las tinieblas.

Percival comprendió que el desconocido no venía con buen fin a casa de Hebe; de lo contrario, ¿por qué proveerse de una antorcha eléctrica tan singular, que sólo alumbraba un espacio en el suelo apenas superior a una moneda de doce «garants»?

El haz de luz recorrió las paredes de la estancia, hasta detenerse en la puerta de salida. El desconocido, siempre obrando con la más absoluta cautela, se dirigió hacia aquel punto.

Percival decidió que ya había llegado la hora de actuar. En aquel momento, el hombre pasaba a un par de metros de distancia. Tensando todos sus músculos, el joven apoyó ambas manos en el respaldo del sillón.

El pesado mueble salió disparado hacia adelante con terrible ímpetu, resbalando sobre el pulido pavimento de la estancia. Chocó contra el desconocido, derribándolo al suelo.

Percival oyó, enormemente satisfecho, un grito de dolor, seguido de una serie de gruesas imprecaciones, que salían de la irritada boca del desconocido. Antes de que este hubiera tenido tiempo de recuperarse, ya el joven había saltado sobre él.

Recibió un golpe en el estómago, pero su réplica fue tremendamente eficaz. Su puño derecho entró en contacto con el mentón del desconocido y este, tras un gruñido, dobló sus rodillas y se dejó caer.

CAPÍTULO VII



ON todas las luces de la estancia encendidas, Percival contempló fríamente al individuo que yacía inconsciente en el suelo. El joven calculó que los efectos de su puñetazo durarían aún un buen rato y, con ganas de interrogar al desconocido, buscó algo para reanimarlo.

Primero le dio una copa de coñac y luego le arrojó un vaso de agua por el rostro. El desconocido tosió y luego, renegando entre dientes, consiguió sentarse en el suelo.

Percival lo hizo en una silla frente a él, teniendo en la mano un

objeto que le había arrebatado al intempestivo visitante. Éste sacudió la cabeza y al fin sus ideas quedaron claras por completo.

El desconocido era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, delgado pero fuerte, y en cuyos ojos brillaba una chispa de malévola intención. Percival lo calificó de hombre astuto e inteligente y se dijo que, como enemigo, en el caso supuesto de que lo fuera, habría de andarse con mucho cuidado.

—¿Quién es usted? —masculló el intruso, muy molesto por el golpe que había recibido.

—¿No le parece que yo puedo hacerle también la misma pregunta? —sonrió Percival, agitando el objeto que tenía en la mano.

El hombre se estremeció y palideció.

—No irá a emplear eso contra mí, ¿verdad? —dijo, amedrentado.

—No... si contesta satisfactoriamente a las preguntas que voy a hacerle, ¿me comprende? —y cuando Percival vio que el otro asentía, prosiguió—: Veamos, ¿cómo se llama y qué es lo que había venido a hacer aquí?

—Mi nombre es Muffon, Piotr Muffon. En cuanto a lo que había venido a hacer aquí... ¿no se lo imagina?

—¡Ah, un ladrón! —dijo Percival, visiblemente disgustado—. De modo que venía a robar a Hebe Sándoth, ¿eh?

Muffon se encogió de hombros.

—De nada sirve ya disimularlo. Sí, venía a robar, pero he fallado el golpe. ¿No va a llamar a la Policía? ¿A qué espera?

—Todavía no he terminado de hacerle preguntas, Muffon. ¿Por dónde ha entrado usted?

—¡Toma! ¡Por la puerta, naturalmente!

—No por la de entrada a la casa, ¿verdad?

—¿Me toma usted por tonto? —masculló Muffon—. ¿A quién se le hubiera ocurrido, no teniendo invitación para la fiesta?

—A mí no, desde luego —concedió el joven—. Ahora bien, si hay otra entrada es que usted la conoce, verdad, Muffon? ¿De dónde le viene ese conocimiento?

El ladrón vaciló, aún sentado en el suelo, mientras se pasaba la lengua por los resecos labios, sin dejar de mirar el artefacto que Percival seguía sosteniendo en sus manos. Al fin, tras un encogimiento de hombros, dijo:

—¡Bueno, me es igual! Verá, yo trabajé hace años en este refugio, cuando la crisis del veintitrés, ¿recuerda? —y como Percival moviera afirmativamente la cabeza, Muffon continuó—: De esto hará unos

diecisiete años, cuando yo apenas si había cumplido los veinte. Fui uno de los operarios que le construyeron el refugio a Egger Sándoth. Ahora... bueno, estoy sin un céntimo, no tengo trabajo... y acordándome de esto, decidí colarme en la casa a ver si le pescaba a esa niña rica alguna de sus joyas. Tiene tantas —dijo el ladrón con desprecio—, que aunque le robara dos kilos ni se enteraría tan siquiera.

—Pero es muy difícil vender una joya robada, Muffon.

—Eso hubiera corrido de mi cuenta, señor mío —dijo orgullosamente el ladrón.

—¿Y para robar joyas es preciso llevar una pistola de luz sólida, Muffon? —preguntó de repente el joven, mirando pensativamente el objeto que tenía en la mano.

—¡Hombre, es que no se sabe con lo que se va a topar uno en un sitio que le es relativamente desconocido! Porque yo no entré nunca en la casa, ¿sabe?

—Desde luego —accedió Percival—. Y hubieras sido capaz de matar, y entonces nadie te hubiera librado a ti de la cámara desintegradora.

—La llevaba nada más que para asustar a la gente —contestó Muffon.

—¡Hum! —murmuró Percival—. Permítame que lo dude. Generalmente, los ladrones de tu clase suelen ir siempre desarmados; saben de sobra a lo que se exponen si les atrapan con un arma de esta clase en la mano.

—Será porque yo soy nuevo en el oficio —dijo Muffon desvergonzadamente.

—No me haga reír —exclamó Percival—. ¿Qué piensas que ocurriría si yo llamara ahora a la Policía?

—Un mal asunto para mí, señor.

—Y si no lo hiciera, ¿con qué me pagarías tú ese favor, Muffon? —dijo de repente Percival, pues acababa de ocurrírsele una idea.

Los ojos del ladrón se abrieron desmesuradamente. No estaba seguro de lo que acababa de oír.

—¿Quiere repetírmelo, si no le molesta? —murmuró.

—Ya te lo he dicho —contestó ásperamente el joven—. Yo me callo y tú, a cambio, me harás un gran favor... que pagaré bien, por supuesto.

Muffon frunció el ceño.

—Explíquese, por favor.

Percival vaciló unos segundos. Aquella era una solución inesperadamente buena, si salía bien, por supuesto, y precisamente porque era inesperada, nadie acabaría por creer en ella. En medio de todo, Muffon había llegado allí como enviado por la Providencia y él no iba a desaprovechar aquel regalo.

—Mira —dijo el joven—, yo no soy tan tonto como para creerme que este es tu primer golpe, Muffon. Estoy seguro de que has robado en más de una ocasión y… Pero eso ahora a mí no me importa, ¿comprendes?

—Suponiendo que lo que usted dice sea cierto, ¿a dónde quiere ir a parar?

—A lo siguiente, Muffon: a que me enseñes el camino de salida y luego me escondas durante algún tiempo en un sitio donde nadie me pueda hallar.

Muffon torció el gesto, le miró y luego sonrió ladinamente.

—¡Vaya! —exclamó—. A lo que parece, no soy yo el único en tener dificultades con los «polis», ¿eh?

—Eso es cuenta mía —dijo secamente Percival—. De todas formas, te pagaré el favor con algo más que mi silencio. Con esto, por ejemplo, como digamos de cuota inicial.

Percival metió la mano en el bolsillo y sacó del mismo un grueso rollo de billetes, cuya sola visión hizo que Muffon abriera los ojos de par en par. El joven apartó unos cuantos, que arrojó a su interlocutor, guardándose el resto de nuevo en el bolsillo.

Muffon se precipitó sobre el dinero con el ansia del náufrago sediento. Contó precipitadamente los billetes y, al terminar, lanzó un tenue silbido en el cual, y de modo harto expresivo, estaba condensada toda su admiración.

—¡Cielos! ¡Ocho mil «garants»! Jefe, ¿es usted quizá, Creso redivivo?

—No, y a lo que estamos, Muffon. ¿Aceptas o no?

El ladrón entrecerró los párpados y luego, sonriendo de una manera muy singular, dijo:

—Por la décima parte del dinero que usted me ha dado, hay tipos que cortarían el cuello a su propia madre. Pero yo no soy de esos, jefe, créame. Bien —añadió Muffon—, ya estoy a sus órdenes. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Ya te lo dije antes: primero sacarme de aquí y luego esconderme en un lugar seguro. Tú conocerás más de uno, ¿verdad?

—Supongo que se encuentra usted en un aprieto mucho más gordo que el mío —dijo Muffon y luego se encogió de hombros—.

Pero eso a mí y con todo este dinero, me importa un pito. Sus asuntos son cuenta suya, jefe. Cuando quiera podemos irnos.

—Para luego es tarde —murmuró Percival, poniéndose en pie.

Muffon le imitó y, sin que nadie le dijera nada, echó a andar precediendo al joven, que le había devuelto la linterna, pero no así la pistola, que mantenía todo el tiempo encañonada a la espalda de su improvisado aliado. Muffon podría serle fiel, pero sólo por el dinero; en cuanto viera que no iba a obtener más, quizá se le ocurriera traicionarle.

Apagando todas las luces, salieron de la estancia, cruzando un par de ellas más. Percival se dijo que Sándoth no había querido carecer de ninguna comodidad, en caso de bombardeo, lo cual, en cierto modo, había redundado en su propio beneficio al cabo de los años.

Atravesaba la última estancia, Muffon abrió una estrecha puertecita de enorme grosor, inviolable excepto por un impacto directo de grueso calibre y los dos hombres se adentraron por un estrecho túnel, de paredes de cemento, cuyo final no podía preverse.

Caminaron durante largo rato. Percival empezaba ya impacientarse cuando, de pronto, Muffon dijo:

—Cuidado, ahora viene una escalera.

Ascendieron por los peldaños lentamente y antes de que se concluyera la escalera, Muffon apagó la linterna. Percival apretó más la pistola, pero se contuvo oportunamente.

El ladrón hizo alto ante un obstáculo que el joven no podía ver y que, acertadamente, supuso una puerta. Una llave rechinó en una cerradura falta de grasa y bruscamente, una bocanada de aire fresco invadió los pulmones de los dos hombres.

Detrás de Muffon, Percival salió al descubierto. La luz de las estrellas, brillando esplendorosamente en una noche de agradable temperatura, le hirió en los ojos. Después, sin dejar de vigilar con el rabillo del ojo a su compañero, estudió el panorama circundante.

La casa de Hebe, situada en lo alto de una pequeña colina rodeada de bien cuidados jardines, brillaba esplendorosamente a casi trescientos metros de distancia. Percival supuso que Strogodov y todos sus agentes de la Psicopolicía andarían husmeando hasta el último rincón de la mansión, en busca de un supuesto, y designado de antemano, asesino, cuyo paradero, en aquellos momentos, debía traerles locos.

Este pensamiento hizo que una breve sonrisa aflorara a los labios del joven. Si nadie más que Hebe conocía el acceso al refugio, podía, salvo contingencias inesperadas o imprevisibles, considerarse de momento a salvo. Sobre todo si Muffon cumplía su palabra; y

habiendo visto la codicia con que se había apoderado del dinero, no parecía probable que el ladrón le traicionase.

La casa estaba a unos trescientos metros de distancia y ellos se encontraban a unos cincuenta o sesenta de una carretera medianamente concurrida. Siendo la hora que era, el tránsito había aflojado notablemente, por lo que los canales radiales que servían para la conducción automática de los vehículos durante el día, habían sido desconectados. Ahora, cada coche que pasaba era guiado mecánicamente por su propio conductor, lo que les facilitaba notablemente las cosas.

Muffon le sacó de sus abstracciones tirándole de la manga.

—Vámonos; no tardará mucho en hacerse de día y no nos conviene hacernos visibles.

—¿Cómo nos las vamos a arreglar para salir de aquí? —inquirió el joven.

—Usted sígame y no se preocupe de más, jefe —mascullό el ladrón, echando a andar.

El parque que rodeaba la mansión de Hebe estaba circundado en toda su extensión por una tapia que más que para otra cosa servía para señalar sus límites. Fue, fácil, pues, franquearla, y en pocos momentos estuvieron al otro lado, a media docena de metros de la autopista.

Una vez en ella, Percival descubrió con no poco asombro por su parte, que Muffon se detenía ante un monorrueda aparcado al borde de la carretera. Aquel detalle le hizo levantar las cejas.

—Roba porque no tiene un céntimo... ¿y dispone de un coche? —fue la pregunta que automáticamente se le escapó de los labios a Percival.

—Me lo prestó un amigo para venir hasta aquí, jefe —sonrió Muffon—. Tenía que darle una pequeña participación en el botín, pero...

—¿Qué le dirás ahora, en vista de que el golpe ha fracasado?

—Le daré quinientos «garants» y se pondrá como más pascuas —contestó volublemente el ladrón, abriendo la puerta del vehículo—. ¿A bordo, patrón?

No sin ciertas vacilaciones, Percival ocupó su sitio en el monorrueda, diciéndose, para su tranquilidad, que aquel era el único medio de escapar que tenía. Con toda seguridad, Hebe, una vez viera su casa libre de Strogodov y su pandilla, descendería al refugio para verle y su asombro sería mayúsculo al ver que el pájaro había volado, pero, en cierto modo, esto no dejaba de convenirle... Tiempo habría de

ponerse en contacto con ella.

El monorrueda arrancó velozmente, tomando la dirección de la ciudad, cuyas luces la convertían en una gigantesca llama multicolor. La casa de Hebe estaba situada en pleno campo, a más de veinte kilómetros de distancia, lo cual no dejaba de tener sus ventajas. Pero no pudo por menos de hacer una observación a su compañero, al ver la dirección que llevaban.

—Si tiene confianza en mí, absténgase de hacerme más preguntas, jefe —dijo Muffon—. Ya le he dicho que le voy a esconder en un sitio donde nadie podrá hallarle. ¿Qué otra cosa quiere, pues?

Percival comprendió lo atinado de las palabras de Muffon y, sin más, se retrepó en su asiento, encendiendo un cigarrillo en tanto dejaba que su mente trabajara furiosamente.

* * *

El ruido de la puerta al cerrarse hizo que Percival se despertara súbitamente, tomando con rápido gesto la pistola que tenía bajo la almohada del camastro sobre el cual yacía.

—Aparte eso de mi tripa —dijo Muffon de mal talante.

—Lo siento —contestó el joven—. Estaba profundamente dormido y…

—Se ve que la conciencia no le molesta mucho —murmuró sarcásticamente el ladrón.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Percival, muy intrigado.

Con gesto displicente, Muffon arrojó sobre las piernas de su huésped el periódico que traía en la mano y después, sin añadir palabra, se fue hacia un desvencijado mueble que había en un ángulo de la poco acogedora estancia, tomando del mismo una botella mediana de licor.

El gorgoteo del alcohol al pasar por las fauces de Muffon fue fácilmente percibido por los tímpanos del joven, pero este no se molestó por la falta de corrección del individuo. Toda la atención de Percival estaba centrada en la primera página del periódico, que venía muy substanciosa.

A pesar de los tiempos, ni la radio ni la televisión ni los microfilms habían conseguido derrotar totalmente a la letra impresa, por lo que los periódicos continuaban haciéndose, y vendiéndose, en cantidades realmente fabulosas. La mayoría del público, demasiado atareado para perder mucho tiempo, se limitaba a leer los grandes titulares, pero aun así los periódicos eran algo vital para soñar siquiera en una total supresión de los mismos. Y en aquel caso, la

primera página del «Clarín» estaba llena de grandes atractivos, con una enorme imagen de Percival, debajo de unas letras encarnadas de diez centímetros de altura, que le acusaban de modo harto chillón de la muerte del director. Un poco más abajo se recomendaba su captura, vivo o muerto y, para estimular los afanes de los reacios, se indicaba que una recompensa de veinticinco mil «garants» sería entregada a cualquier persona que pudiera facilitar un indicio que condujera a la tan ansiada captura del inicuo asesino de uno de los mejores hombres de la Federación.

Muffon bebió un nuevo trago y luego, volviendo las espaldas al mueble, apoyó en este los codos. Dijo, con una sonrisa de indefinible expresión:

—De modo que es usted, ¿eh, Parrish?

—Me acusan, pero yo no lo maté —contestó el joven serenamente, echando a un lado el periódico.

—Claro, claro —dijo irónicamente el ladrón—. Por eso pagó usted ocho mil «garants» para que yo le sacara de aquel atolladero, ¿verdad?

—No te lo iba a decir entonces —gruñó Percival.

—Desde luego que no, Parrish; pero ahora que lo sé las cosas cambian y bastante.

Percival arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres, Muffon?

—Verá, de ocho a veinticinco, van diecisiete, si yo no he olvidado las enseñanzas de la escuela. Claro está que...

—Empiezo a comprenderte, Muffon —dijo Percival—. Quieres que yo complete la suma que ofrecen por mi captura, ¿verdad?

—Oh, no, nada de eso, amigo —dijo Muffon sin dejar de sonreír cínicamente, y por unos instantes, la esperanza anidó en el pecho de Percival. Pero se desvaneció casi en el acto cuando el ladrón continuó su perorata—. Verá, se trata de que si me pescan a mí en su compañía, me acusarán de complicidad, ¿comprende?

—Sí, pero tú llegaste a la casa cuando ya había muerto Dumonnet.

—Vaya a decirle eso a los de la «Psico» y se lo creerán a pies juntillas. No me haga reír, Parrish. Si me pescan junto a usted, nos desintegrarán a los dos.

—Pero eso...

—No tengo el menor interés en echarles de comer a esas fieras de la Psicopolicía —dijo secamente Muffon—. Sin embargo, yo también soy de carne y hueso, ¿me comprende?

Percival movió la cabeza afirmativamente. Sí, lo entendía de sobra.

—¿Cuánto? —preguntó lacónicamente.

Antes de contestar, Muffon arrimó el gollete de la botella a sus labios. Luego, viéndola vacía, la arrojó desdeñosamente a un lado. Al fin, dijo:

—¡Cien mil «garants»!

CAPÍTULO VIII



IEN MIL «garants» — repitió Percival, estupefacto, en tono apenas audible.

Muffon movió la cabeza de modo inequívoco.

—Eso es; ni un centavo menos.

—¡Pero yo no dispongo de esa suma! —estalló el joven con furia.

—A mí no me importa que en estos momentos no tenga esa suma al alcance de sus manos —dijo Muffon glacialmente, pero sin que en ningún momento se borrase de su rostro aquella desdeñosa sonrisa—. He de tener en cuenta, además, que me estoy jugando el pellejo al esconderle aquí, ¿comprende? Y eso es algo que ha de pagarse...

—¡Esto es un robo! —gruñó el joven.

—¿Y qué otra cosa podría usted esperar de un ladrón? —dijo Muffon indiferentemente.

Percival miró por unos instantes la pistola que tenía en la mano y en esa breve lapso de tiempo dudó si descargarla sobre el repugnante individuo que tenía frente a sí. Pero Muffon, con una turbia carcajada, le demostró que había sabido leer sus pensamientos.

—No lo hará, Parrish —dijo, completamente seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues por la sencilla razón de que tengo un amigo mío que está situado a corta distancia de aquí y con el que tengo que entrevistarme treinta minutos más tarde de haber regresado a casita. Si después de pasado ese plazo no me viera salir, inmediatamente se iría con el cuento a la Psicopolicía —y después de unos segundos de meditación, Muffon agregó—: O antes, si ocurriera que el que saliera de la casa fuera usted y no yo.

—Se ve que no has dejado cabo por atar, Muffon —murmuró Percival, sabiendo que su anfitrión decía la verdad.

—¡Hombre! tenga en cuenta que son cien mil «pavos». Esta cantidad obliga de por sí a tomar las debidas precauciones, ¿no cree?

Percival encogió los hombros.

—Según tú, sí. Ahora bien, tú me dirás de qué manera he de sacar y de dónde los cien mil «garants». Te di ocho y me quedaron unos diez mil más. Si no me crees puedes cogerme por los tobillos y sacudirme...

—No me hace falta recurrir a tales extremos, Parrish —dijo Muffon desdeñosamente—. Usted no sabe de dónde sacar esa suma, pero yo, que soy un chico de buen fondo, se lo voy a indicar ahora mismo.

Percival se quedó mirando a Muffon con los ojos muy abiertos, sin decir una sola palabra, porque, en realidad, no las encontraba.

El ladrón soltó una corta risita y luego dijo:

—Hebe Sándoth, Parrish. ¿No cree que la muchacha podría prestarle esos cien mil «garants» y más si los precisase?

Un turbión de cólera subió por la garganta de Percival quien, por unos instantes, dudó si tirar la pistola a un lado y, arrojándose sobre aquel sinvergüenza, propinarle una soberana paliza. Pero, como en la ocasión anterior, Muffon se le adelantó.

—No lo haga, Parrish; no lo haga o, desdeñando la cantidad que le pido, mi socio se irá con el cuento a la «Psico», ¿me comprende? Además, tenga en cuenta que el tiempo va que vuela y que ya han transcurrido doce minutos desde que entré aquí. ¿Qué, se decide o...?

Percival meditó unos segundos. Se hallaba en una situación aparentemente sin escapatoria alguna y quisiera o no, tendría que hacer lo que Muffon deseaba. Cuando menos, ganaría tiempo... y esto, de momento, no dejaba de tener su importancia.

—Está bien —dijo con tono renuente—; tú ganas. Dame papel y pluma y escribiré a la señorita Sándoth.

—¡Que tratamiento tan anticuado! —rió desaforadamente Muffon —. Bien claro se ve que viene de Sirio; por aquí, eso ya no se estila. Bueno, Parrish, diciendo la verdad, usted me ha caído siempre la mar de simpático, de modo que, para evitarle trabajo, ya tengo escrita la carta. Bastará con que ponga usted al pie de la misma su valiosa firma y...

Mientras hablaba, Muffon había sacado de uno de los bolsillos de su traje un trozo de papel que, después de desdoblar, alargó al joven. Luego se ocupó de tener a punto una pluma de bola, en tanto los ojos de Percival recorrían las líneas allí escritas.

Pero, si los ojos de Percival estaban fijos en el papel, su mente estaba muy lejos de allí, porque hacía unos momentos que acababa de escuchar un sonido extraño que, al parecer, había pasado desapercibido para Muffon. Alguien estaba subiendo por la escalera de un modo declaradamente sigiloso.

Los músculos del joven se tensaron. El que subía tenía que ser extraño a la casa, puesto que en caso contrario no se habría acercado de aquella manera tan subrepticia. Percival se dispuso a todo y para atraer la atención de Muffon, acudió a una argucia.

—Entregar no se escribe con «h» —dijo.

—Es igual —gruñó el sinvergüenza—. ¿Qué importancia tiene en estos momentos la ortografía? Hebe Sándoth soltará igual la «pasta» cuando vea su firma, ¿entiende?

—Bueno —dijo el joven, cuyas pupilas se hallaban ahora fijas en la puerta que estaba abriéndose milímetro a milímetro—. A ver la pluma.

Muffon se la entregó y en aquel momento, Percival se arrojó hacia adelante, golpeando con la cabeza el estómago de su anfitrión. Éste lanzó un gruñido y retrocedió, lanzando improperios.

Una persona penetró de golpe en la estancia, empuñando una pistola de luz sólida. En los primeros momentos, Percival no se fijó en ella, muy ocupado en reducir a Muffon.

A pesar de que era más joven que el ladrón, éste conocía algunos trucos de mala ley que no vaciló en emplear contra su huésped. Así Percival saltó hacia atrás cuando dos dedos pulgares, disparados con la velocidad del rayo, estuvieron a punto de alcanzarle las pupilas. Las piernas de Percival tropezaron con el camastro y, sin poderlo evitar, cayó de espaldas.

Inmediatamente, una pistola apareció en la mano de Muffon, de cuya boca continuaban brotando las más espantosas imprecaciones.

—Querías engañarme, ¿eh? Pero ahora yo…

La voz de Muffon se quebró bruscamente, como si le hubieran degollado limpiamente. Enardecido por la lucha, ciego de cólera por lo que él juzgaba mala pasada de su huésped, no había reparado en el recién llegado, en cuya mano relucía también una enorme pistola de luz sólida.

Un rayo que despedía intolerables fulgores cruzó la estancia en una milésima de segundo, atravesando de parte a parte el cuerpo de Muffon y yendo a detenerse contra la pared, en la cual dejó un significativo círculo negro. El ladrón se envaró y luego, sin un solo grito, se desplomó al suelo.

Un grito de sorpresa y alegría al mismo tiempo se escapó de los labios de Percival.

—¡Hebe! —y corrió hacia ella, tomándola por los hombros.

—Sí, yo —dijo ella, procurando dominar el temblor de su labio inferior—. Vine aquí… y creo que no he podido llegar más a tiempo.

El joven arrojó una oblicua mirada hacia el cadáver del ladrón. Prudentemente se abstuvo de decir a Hebe que Muffon no quería matarle, sino obligarle a firmar; tiempo tendría más adelante de decírselo. Ahora tenía otras cosas más importantes que preguntar a la

muchacha.

—¿Cómo has conseguido averiguar mi escondite? —preguntó.

—Vuestra conversación quedó registrada en el magnetofón que había dejado dispuesto en el refugio —dijo ella, mirándole fijamente a los ojos—. Así pude enterarme del nombre de… ése, y luego, mediante las oportunas pesquisas, averiguar su domicilio. Sabiendo que era un ladrón profesional, era de suponer que Strogodov no te relacionara con él.

—Quería que te pidiera cien mil «garants» por seguir teniéndome escondido aquí. Esto, como es lógico, me pareció excesivo y… Pero cuéntame: ¿cómo está el asunto de la muerte de Dumonnet?

Ella retrocedió un paso, separándose de las manos del joven.

—Mal, muy mal, Percy —dijo—. Todo el mundo anda buscándote y no creas que se entretendrán mucho en disparar sus armas sobre ti. En cuanto te vean lo harán.

—Un mal asunto, en efecto —reconoció él, hondamente preocupado—. Y además, con complicaciones.

—¿Sí? ¿Qué ocurre ahora?

Percival explicó a Hebe toda la conversación sostenida con Muffon hasta la llegada de ella a la casa. Terminó diciendo:

—El plazo está a punto de terminarse. No podemos dejar que el compinche de este granuja se vaya con el cuento a Strogodov.

—Desde luego que no —asintió ella—; pero ¿cómo reconocerlo?

A esta pregunta, ninguno de los dos supo responder. Sólo después de unos momentos de intensa meditación Percival dijo:

—Muffon manifestó que su compinche estaba enfrente, vigilando la casa. Por lo tanto, lo tenemos muy cerca.

—Así es —dijo Hebe—. Y si es cierto, entonces debe hallarse en la taberna de enfrente.

—¿Una taberna? —murmuró extrañado Percival.

—Sí, ¿no la viste cuando llegaste aquí?

—Lo único que deseaba ayer cuando llegué a esta casa era esconderme de todo el mundo, Hebe. No tuve tiempo de fijarme en el panorama circundante, si he de decirte la verdad.

—Pues en eso saliste ganando, porque bien poco tiene de atractivo. Nunca creí que hubiera unos suburbios tan hediondos como estos en que nos encontramos.

—Un lugar muy apropiado para que vivan gentes de la calaña de Muffon —murmuró Percival—. ¿De qué nos sirve ser tan civilizados si aún no hemos podido librarnos de una lacra como esta?

—Está muy bien, pero vamos a dejarnos ahora de disquisiciones sociológicas, Percy —dijo la muchacha, impaciente—. ¿Cuál es la solución que adoptamos?

El joven meditó unos segundos y al cabo del tiempo habló. Ella torció el gesto, pero acabó por acceder.

—Es nuestra única salida, Hebe —dijo Percival, mirándola. Estaba vestida con ropas masculinas y llevaba zapatos de tacón plano, por lo que la diferencia entre las estaturas de los dos era harto notoria —. Esta casa —continuó él— tiene varios pisos. Por lo tanto, el compinche de Muffon, si te ve salir, no hará nada, sabiendo que no soy yo, puesto que ya el muerto debió hacerle mi descripción física. Luego, haces lo que te he dicho y...

Hebe asintió otra vez y se dispuso a salir. Pero ya en la puerta, la mano del joven se apoyó en su brazo.

—Dime —murmuró Percival—, ¿qué causa te impulsa a correr estos riesgos por mí, Hebe?

Ella le miró, sonriéndole encantadoramente.

—Será porque mi vida, la propia de una niña rica y ociosa, carece de interés y aliciente. Posiblemente, quiero proporcionarme la ocasión de correr una aventura...

—Es una aventura al final de la cual puede hallarse la muerte, Hebe —dijo Percival.

—Si me ayudas, como te pedí no hace mucho, las cosas podrían solucionarse de manera más rápida y satisfactoria, Percy.

El joven se puso rígido.

—Lo siento, Hebe, pero, de momento, me es absolutamente imposible complacerte.

—¿Todavía sigues pensando en que estoy relacionada con Strogodov?

—Sabías cosas que, lógicamente, debieras haber ignorado, Hebe. ¿Qué quieres que piense?

—En cambio, tú ignoras muchas todavía, Percy. Y si tú te confiases, yo podría...

—Es inútil, Hebe; no discutamos más el asunto. Si de veras quieres ayudarme, haz lo que te he dicho; en caso contrario, saldré de la casa corriendo el riesgo de que me vea el amigo de Muffon.

—Está bien —dijo ella secamente—, aguárdame aquí.

La puerta se cerró a espaldas de Hebe, y Percival se quedó solo en el cuarto. Encendió un cigarrillo y comenzó a pasearse, meditando intensamente.

No tocó el cadáver de Muffon; no le convenía, pues era una muerte que había de cargarse a la cuenta de su compinche... si Hebe conseguía hallarlo primero y atraerlo allí después. Pero si la muchacha obraba de acuerdo con sus instrucciones, el plan no podía fallar.

El tiempo empezó a pasar, interminablemente lento. Para una adecuada puesta en escena, Percival, procurando no hacer el menor ruido, desordenó lo más posible la ruin estancia, de modo que diera la impresión de que allí se había sostenido una feroz pelea. Le desagradaba cargar a un inocente con una muerte que no había cometido, pero no tenía otro remedio que hacerlo; su misión era de las que no admitían sentimentalismos de ninguna especie.

Tuvo tiempo de fumarse un par de cigarrillos más antes de que se sintiera ruido en la escalera. Aplastó con el tacón la colilla del último y luego se parapetó al otro lado de la puerta.

Ésta comenzó a girar muy lentamente, cosa que no dejó de extrañar al joven. Pero no por ello dejó de alzar la mano en la que sostenía con granítica firmeza la pistola de luz sólida.

Una cabeza asomó con precaución. El cañón él arma golpeó aquel cráneo y el hombre se desplomó como una masa, sin pronunciar palabra.

Instantáneamente, Percival saltó hacia él y lo arrastró hacia adentro. Luego corrió hacia la escalera y murmuró, con un siseo bastante fuerte:

—¡Hebe, Hebe!

La respuesta fue un ramalazo de intolerable resplandor que le dejó momentáneamente ciego. El rayo de luz sólida cruzó a cortísima distancia de su cuello, yendo a chamuscar la pared frontera.

Percival lanzó una maldición. Algo había fracasado en su plan. ¿Qué era?

No se entretuvo mucho a pensarlo, sino que, también en el acto, saltó hacia atrás, esquivando por milagro una segunda descarga de luz sólida.

Sacando de nuevo la pistola, devolvió los disparos, enviando una larga serie de ellos al negro hueco de la escalera. Éste se iluminó vivamente, con rapidísimas alternativas de luz y tinieblas, en una de las cuales pudo ver un cuerpo humano desplomarse de modo fulminante.

El resto de sus perseguidores pareció tomarse las cosas con más frialdad. Percival oyó pasos que retrocedían con viveza y luego, al cabo de un corto espacio de tiempo, una voz, atronando las paredes, le llegó a los oídos.

—Entréguese, Parrish. Le tenemos sitiado y no podrá escapar de aquí.

La mente del joven empezó a funcionar con la máxima actividad, tratando de hallar un medio de salir de aquel atolladero. Era evidente, ahora lo estaba viendo, que Hebe había sido seguida. Strogodov tenía mucha inteligencia y no dejaba cabo por atar, desde luego. Incluso, para evitar que la muchacha sufriera daño alguno, había esperado un tiempo prudencial, hasta que la vieron salir de nuevo del edificio. Entonces fue cuando Strogodov había lanzado a sus hombres al ataque.

Pero ahora esto no le importaba gran cosa a Percival; lo realmente interesante, para él era huir de aquella trampa. ¿Cómo hacerlo?

Meditó furiosamente.

Arriesgándose a ser fulminado por una descarga de los esbirros de Strogodov, cruzó la estancia, muy inclinado, logrando cerrar la puerta, cuyos paneles de plástico fueron instantáneamente traspasados por media docena de descargas que abrieron otros tantos orificios en ella.

—Menos mal que ahora el plástico es incombustible —murmuró para sí el joven, arrastrando con energía la cama, a fin de formar una barricada que detuviera en lo posible la progresión de sus perseguidores. Después apagó la luz y se dirigió hacia la única ventana que había en la estancia.

La abrió, asomándose al exterior. La distancia al suelo, que en aquel lugar carente de alumbrado no se veía, debía ser de veinte metros al menos. «La suficiente para matarme, si doy un paso en falso», pensó el joven, estremeciéndose.

Pero no podía quedarse allí, esto era evidente. Miró hacia arriba, descubriendo sobre el marco de la ventana un estrecho reborde. Recordó entonces que se hallaba en el último piso del edificio y no dudó de que aquel reborde pertenecía al tejado. Sin pensarlo más, se puso en pie sobre el antepecho, agarrándose con una mano a una de las hojas de la ventana para sostenerse, y luego, estirando la otra, alcanzó el punto deseado.

Inspiró fuerte y, de pronto, quedó colgado en el vacío. Flexionando los brazos, se izó a pulso hasta arriba, quedando suspendido en un espacio apenas superior a veinte centímetros, sobre el cual era dificilísimo mantener el equilibrio.

El resplandor de la parte central de la ciudad le iluminó el camino a seguir. No era tejado, sino azotea, y saltando el parapeto, caminó a lo largo de la misma, agazapado para no ser visto, en tanto que a sus oídos llegaban los ruidos de la calle.

Cruzó varias azoteas, hasta encontrar una con la puerta de acceso a la escalera general abierta. Entonces, sacando la pistola, listo para cualquier emergencia, comenzó el descenso.

Bajó muy lentamente, procurando no hacer ruido, tanteando cada peldaño, deteniéndose con frecuencia a escuchar, sin que, afortunadamente, en todo el trayecto percibieran nada sus oídos. Poco a poco, sintiendo latir aceleradamente fu corazón, llegó a la puerta de la calle.

El lugar estaba sumido en tinieblas, pues la puerta estaba cerrada. Percival tanteó hasta hallar el pomo y luego trató de hacerlo girar.

Fracasó. La puerta estaba cerrada con llave, lo cual equivalía tanto como decir que él mismo se había metido en su propia trampa. Contuvo una maldición y luego, reuniendo todas sus fuerzas, intentó forzar la cerradura con un mínimo de ruido, sin conseguir tampoco esta vez nada positivo.

Por unos instantes pensó abrirse paso a viva fuerza, violentando la cerradura con unas cuantas descargas bien dirigidas. Pero antes de que tuviera tiempo de tomar esta decisión una llave rechinó.

Percival saltó hacia atrás, sumiéndose en un rincón absolutamente obscuro, listo para disparar al primer momento. La puerta se abrió lentamente y dos siluetas, con paso precautorio, recortándose claramente contra la breve iluminación del exterior, penetraron en la casa.

—Por aquí le encontraremos —dijo una voz desconocida para el joven, y éste, por la forma en que hablaba el individuo, no dudó en que se referían a él con toda seguridad.

El que había hablado fue el primero en entrar en la casa. Percival no dudó de que se hallaba en presencia de uno de los sicarios del asesor y se dispuso a golpearle con la pistola. En cuanto al otro...

La mano del joven ya empezaba a bajar cuando, de pronto, un rayo de luz hirió una masa de cabellos rojizos que él conocía muy bien.

CAPÍTULO IX



ERCIVAL no pudo contener una exclamación de asombro y alegría al mismo tiempo.

—¡Hebe!

La muchacha se volvió hacia él con la rapidez de un rayo, lo mismo que él hombre que la acompañaba, quien, instantáneamente, inició un gesto ofensivo contra el individuo, para él desconocido, que acababa de llamarles la atención de modo tan súbito.

Hebe lo impidió.

—¡Quieto! —dijo ella en tono bajo—. No haga nada; es él.

—Si te refieres a mí, en efecto, Hebe —dijo Percival, dando dos pasos y saliendo a la luz—. ¿Me buscabais?

Percival pudo ver cómo el esbelto seno de la joven se distendía en un inmenso suspiro de satisfacción.

—No sé cómo has podido llegar hasta aquí, Percy, pero lo cierto es que ahora íbamos a buscarte Coryll y yo.

—¿Éste es Coryll? —dijo Percival, mirando al sujeto que acompañaba a la muchacha, que era bajo y de fornida complexión.

—Sí, Wedd Coryll, amigo de Muffon —dijo el interpelado en un tono agresivo que no gustó nada a Percival.

Éste se cuidó muy bien de decir que Muffon estaba muerto, ya que, con toda seguridad y tal como lo habían acordado, Hebe había hecho lo propio. Pero antes de que Percival pudiera hacerlo, habló la muchacha.

—Cuando nos disponíamos a subir a casa de Muffon vimos que

los de la Psicopolicía se nos habían anticipado. En vista de ello, retrocedimos, antes de que pudieran advertir nuestra presencia, y luego Coryll me indicó el modo de llegar hasta el sitio en que te hallabas, Percy. Supusimos, y con razón, que no te entregarías tan fácilmente y que opondrías alguna resistencia, cosa que nos daría algo de tiempo para llegar hasta ti. Por lo visto, obraste con mucha rapidez.

—Así fue —dijo Percival, sin dejar de observar a Coryll, el cual escuchaba muy interesado el diálogo—. ¿Y ahora?

—Antes de seguir adelante —murmuró Coryll—, me gustaría saber qué ha sido de mi colega Muffon.

La respuesta de Percival fue una mentira enorme.

—Lo mató un policía de un disparo. Muffon fue siempre un poco descuidado, en mi opinión.

—Y tanto —gruñó Coryll, muy descontento—. Como que, por su culpa, yo he perdido un montón de miles. Toda mi alegría se la llevó el diablo.

—Yo me encargaré de que recupere parte de esa «alegría» —dijo suavemente Hebe—. Pero antes tiene que hacer algo para ganárselo, Coryll.

El sujeto miró reluctantemente a su interlocutora. Coryll era hombre de vivos reflejos e intuyó hallarse metido de lleno en un asunto que le podía dar mucho a ganar, con escaso riesgo por su parte. Procuraría no ser tan descuidado como su compinche y…

—Bien —dijo—; ¿qué es exactamente lo que hay que hacer?

—Lo primero de todo, sacarnos de aquí —dijo Hebe.

—¿No trajiste coche? —preguntó Percival.

Ella sacudió la cabeza.

—Sí, pero cometí la torpeza de dejarlo muy próximo a la casa de Muffon. Ahora todo aquel lugar está lleno de policías y no dejarán de detener al primero que se acerque al vehículo, sea quien sea.

—Si sueltan un poco de «pasta» —murmuró Coryll—, antes de diez minutos tienen ustedes aquí un monorrueda.

—¿Cuánto? —dijo secamente Percival, echando mano al bolsillo.

—Oh, un par de miles —contestó Coryll con displicencia—. Conozco a un amigo que…

—Es suficiente —dijo Percival—. Tráigase ese monorrueda aquí y recuerde que le están aguardando tres mil más. Muffon le dijo que daban por mi cabeza veinticinco de los grandes; pero estos no son tan seguros como los otros. ¿Qué le parece?

Coryll no lo dudó un momento.

—Siempre dije que Muffon era demasiado fantasioso. Quiso llenar demasiado el saco y se le rompió antes de haber metido el primer billete —rezongó el maleante, embolsándose el dinero—. Yo no soy así. Poco, pero seguro, ese es mi lema.

—Añada que la rapidez es la virtud más conveniente en estos momentos y tendrá completo el aforismo, Coryll —dijo Percival, y el individuo asintió, saliendo con vivo paso a la calle.

Cuando los dos jóvenes se hubieron quedado solos, él preguntó:

—¿Dónde piensas llevarme ahora, Hebe?

—Pues... a mi casa, naturalmente. En mi opinión, es el sitio donde menos se imaginará Strogodov que podría hallarte.

Percival meditó un instante.

—De acuerdo —dijo al cabo—, pero no entraremos por la puerta principal. Iremos a tu refugio, por la puerta que sale de la autopista y nos quedaremos, mejor dicho, me quedaré allí, ¿comprendes?

—Muy bien —contestó ella, tras corta vacilación, y luego los dos callaron.

Estaban muy juntos, tanto que Percival sentía el cosquilleo que los rizos de Hebe le hacían en su mejilla. Igualmente percibía su respiración y a la débil luz que penetraba por la estrecha rendija que había dejado la puerta no cerrada totalmente, pudo ver el rítmico movimiento de ascenso y descenso del seno de la muchacha, respirando tranquilamente, aún en aquellos momentos de tanto apuro.

Contuvo los deseos que le asaltaban de rodear con sus brazos el talle de Hebe y juntar sus labios con los de ella. Le parecía que se había enamorado de la muchacha, pero ¿podía decir lo mismo de Hebe? Tal vacilación fue la que le contuvo y permaneció reposado a su lado, observando siempre que podía el delicado perfil de su rostro.

Coryll cumplió lo prometido, aun empleando más tiempo del anunciado. Los últimos momentos fueron de tensa angustia para la pareja, temiendo siempre lo peor y sólo respiraron aliviados cuando oyeron el chirrido de unos frenos tratados con toda desconsideración frente a la casa.

Percival se asomó un poco y vio una mano que le hacía señas. Tomando con la suya el brazo de la joven, echó a correr, cruzando la acera en dos saltos.

Coryll tenía abierta ya la portezuela y cuando los dos jóvenes se hubieron instalado en el interior del monorrueda, arrancó bruscamente. El vehículo alcanzó en cortos instantes la máxima velocidad permitida por las leyes de tránsito, y Coryll lo fue

conduciendo, de acuerdo con las indicaciones de Hebe, por los lugares menos frecuentados.

—Vayan preparando la «pasta» —dijo el maleante, apenas hubo puesto en marcha el monorrueda—. Yo he cumplido mi palabra, de modo que hagan ustedes lo propio.

Percival entregó lo convenido, resistiéndose a la tentación de dar un par de miles más, para no infundir más sospechas a Coryll. Éste se guardó los billetes con harta satisfacción y luego dijo:

—Ya dispensarán que sea yo el que conduzca el coche, pero han de tener en cuenta que no les conviene que lo vean abandonado frente al lugar que van, ¿verdad?

—Esto dice muy poco en favor de la legítima procedencia del vehículo, Coryll —murmuró Percival.

El maleante soltó una estruendosa carcajada.

—Ya tiene usted lo que quería, ¿no? Entonces, ¿a qué preocuparse más del asunto?

Percival asintió; en medio de todo, el maleante tenía razón. De momento estaba a salvo y esto no dejaba de tener su importancia. Sin embargo, lo que a él más le preocupaba en aquellos instantes era su misión, que no había sido cumplida más que a medias y aún esta calificación era demasiado optimista. ¿La compañía de Hebe sería para él una ayuda o un estorbo? ¿Qué misteriosos intereses podía tener la muchacha en permanecer de modo casi constante a su lado, corriendo gravísimos riesgos, el menor de los cuales podía decirse era la entrada en la cámara desintegrante? Se la imaginó sujeta de pies y manos a la pared, atormentada por los sicarios de Strogodov de la misma forma que lo había sido la infeliz vendedora de tabaco, y este solo pensamiento bastó para hacerle sentir un estremecimiento que le corrió todo el cuerpo, de arriba abajo.

En el momento oportuno, Hebe ordenó hacer alto. Coryll frenó, deteniendo el monorrueda y la pareja se apeó.

Una vez en el suelo, la muchacha se inclinó un poco, poniendo su cabeza al nivel de la ventanilla, al mismo tiempo que alargaba algo al maleante.

—Esto es para que se olvide rotundamente de nosotros, Coryll —dijo, entregándole un buen puñado de dinero—. No haga exhibición de la fortuna que acaba de caerle en las manos; podría acarrearle graves perjuicios. En mi opinión, lo mejor que podría hacer es largarse una buena temporada bien lejos de aquí, ¿me comprende? Y si alguna vez le preguntan por nosotros dos, diga que jamás ha oído pronunciar nuestros nombres. Si los de la Psicopolicía huelen que ha tenido algo que ver con nosotros, le desollarán vivo, y esta frase no es ninguna

metáfora. Lo hacen de verdad.

Coryll sonrió de lado.

—No tiene que recomendarme nada de lo que pensaba hacer, monada —dijo—. A partir de ahora, ya no sé quiénes son ustedes. ¡Adiós!

Cuando las luces de cola del monorrueda hubieron desaparecido en la lejanía, Hebe dijo.

—Vamos a casa, Percy. Allí podrás cambiarte de ropa, bañarte y comer algo, que son tres cosas que me imagino te están haciendo bastante falta.

—No lo sabes bien —suspiró él, echando a andar.

En la oscuridad, tantearon el terreno hasta hallar la entrada al refugio. Hebe buscó en las tinieblas y encontró una diminuta linterna eléctrica que había dejado prevenida, y con la cual se alumbraron hasta hallar la primera puerta.

Una vez franqueada esta, se encontraron en la parte habitable del refugio. Cruzaron una de las estancias, dirigiéndose al «living».

Apenas habían cruzado el umbral se detuvieron en seco, inmovilizados por la más absoluta de las sorpresas.

—¡Cuánto habéis tardado! —exclamó Luber Corlin con tono burlón—. Francamente, ya desesperaba de veros. ¿Habéis estado haciéndoos el amor?

Durante unos segundos, ni Hebe ni Percival supieron qué contestar a aquellas inesperadas palabras. Porque su sorpresa no era tan grande de ver allí a Corlin, sino debida al hecho de que el joven, sentado indolentemente en un sillón, les estaba encañonando con una tremenda pistola de luz sólida.

—¿Qué es lo que haces tú aquí, Luber? —preguntó ella, al cabo, haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma—. ¿Con qué permiso...?

Corlin se puso en pie. Sus ojos brillaron con dureza y de su rostro desapareció la expresión de complacencia que había tenido hasta entonces.

—Sé que estáis armados —dijo con tono seco, imperativo—. De modo que, como no quiero correr riesgos, ahora mismo vais a tirar vuestras pistolas al suelo, ¿estamos? Y tened en cuenta que al primer movimiento sospechoso que hagáis dispararé, sin tener en cuenta el sexo. ¡Vamos!

Percival y Hebe se miraron unos segundos y luego, sabiendo que no podían hacer nada, sin comprender todavía las razones de la estancia de Corlin en aquel lugar, obedecieron.

—Tú, Parrish, empuja las pistolas con el pie hacia aquí.

¡Cuidadito!

Percival hizo resbalar las armas hasta que quedaron junto a Corlin. Éste, también con el pie, las impulsó aún más hacia atrás y luego soltó una gran carcajada.

—¡Bien, bien! —exclamó—. He aquí a la pareja que andábamos buscando con tanto interés. Hebe, no sé qué diablos de idea te ha dado para aliarte con los de Sirio. ¿Qué falta te hacía a ti...?

La muchacha estaba muy furiosa y no pudo contener la réplica.

—Eso no te importa, Luber. Para ti debiera ser más importante saber que has perdido todo el aprecio y estimación que hasta ahora te tuve, ¿comprendes?

Corlin se encogió de hombros.

—¿Aprecio? ¿Estimación? ¡Bah! Palabras huecas y sin sentidos... si no van acompañadas de un buen montón de «garants». Pero no me gusta veros de pie; me da mucha fatiga. Sentaos, en tanto yo aviso a cierta persona de que estáis aquí.

—¡Strogodov! —exclamó Percival sin poder contenerse.

Corlin alzó las cejas.

—¡Qué listo eres, Percy! Sí, a Strogodov es a quién quiero avisar. Le haré venir aquí y entonces...

Cuando Hebe vio a Corlin daba un paso hacia el fonovisor que había en un ángulo de la estancia, ella trató de acercársele.

—¡Quieta! ¡No te muevas de donde estás o, de lo contrario, me veré obligado a disparar contra ti! Lo que tengas que decirme, dilo desde ahí.

Hebe se mordió los labios; luego, murmuró:

—Nunca quise prestar crédito a las habladurías que se referían a tus malas condiciones pecuniarias, Luber. ¿Cuánto te ha pagado Strogodov por apresarnos?

—Sé a dónde quieres ir a parar, Hebe —dijo cínicamente Corlin —, y desde ahora te digo que pierdes el tiempo. Sí, es Strogodov el que me paga, pero por mucho dinero que me ofrezcas no aceptaré. El dinero del asesor es seguro y fácil de conservar. El tuyo... no me duraría una semana, porque la vida no me duraría tanto, ¿comprendes?

—De modo que estás firmemente dispuesto a delatarnos, Luber.

—Tú lo has dicho, Hebe. Lo siento por ti; eres una buena chica y te aprecio bastante, pero no puedo dudar en la elección.

En tanto dialogaban los dos jóvenes, Percival hacía funcionar activamente su cerebro, tratando de hallar la ocasión propicia para

solucionar aquella situación, pero por más esfuerzos que hacía, no conseguía encontrar el medio. Con su apariencia indolente y sus palabras, impregnadas de un tono completamente irónico, Corlin no dejaba de encañonarles con la pistola, siguiendo todos sus movimientos, sin dejarles el más pequeño resquicio por el que intentar burlar su vigilancia.

—Así, pues, te has convertido en un esbirro de Strogodov.

—¿Qué quieres? —rió Corlin—. Uno no puede elegir siempre qué quiere, Hebe; y a mí, eso de trabajar, no es una cosa que me agrade mucho.

—¿Cómo conseguiste hallar este refugio, Luber?

—Pues... usando mi cerebro, naturalmente. Cuando le dije a Percy, en la fiesta de tu cumpleaños, que tú le aguardabas en el saloncito...

—Así, pues, tú ya sabías que Dumonnet había muerto, Luber —le interrumpió la muchacha.

—Efectivamente, pero no vayas a pensar que yo le maté, ¿eh?

—Tan despreciable eres tú como el que manejó el cuchillo —dijo Hebe con visible desprecio.

Corlin se encogió de hombros.

—Tus opiniones sobre el asunto me son indiferentes, Hebe. Siguiendo con lo que decía, estuve aguardando un buen rato. Vi incluso que tú también entrabas en el saloncito y al cabo del tiempo salías sola. ¿Cómo podía ser eso? Fue un misterio que me intrigó notablemente y para resolverlo, decidí introducirme subrepticiamente en tu casa, investigando luego en el saloncito. Me costó mucho trabajo dar con el resorte que abre la puertecita secreta, pero lo hallé. Y esto es lo más interesante de todo.

—Y los «garants» que Strogodov te entregará también, ¿verdad? —dijo ella, sarcástica.

—Es lo más apreciable del asunto, Hebe, ¿a qué engañarnos? Y ahora, os ruego, por favor, permanezcáis quietos. Me disgustaría...

—Ya sé; te disgustaría ser tú nuestro verdugo, ¿no es cierto?

Corlin se encogió de hombros, sin responder. Después, sin dejar de vigilarlos, se aproximó al fonovisor, poniéndolo en funcionamiento.

Cuando la comunicación estuvo establecida, Corlin habló unas cuantas palabras a través del aparato. Las respuestas fueron unos monosílabos secos, lacónicos y el final fue una orden de que permaneciera allí hasta que se dispusiera lo contrario.

Corlin cortó muy satisfecho la comunicación, volviéndose luego hacia sus dos prisioneros.

—¡Ya está, chicos! Lo siento por vosotros, pero la cosa no admite elección.

—Strogodov es un mal bicho —observó pensativamente Percival —, pero todavía me parece una persona agradable a tu lado, Luber.

—Ya he dicho que vuestras opiniones…

Percival le interrumpió.

—El papel de traidor sólo renta dinero en la escena y cuando se es buen actor. En la vida real, el traidor suele ser eliminado junto con aquellos a quienes ha traicionado.

—Strogodov no se atreverá a hacer tal cosa conmigo —dijo Corlin, empezando a ponerse nervioso—. El asesor es hombre de palabra y la cumplirá.

—Lo celebro por ti, Luber. De todas formas, yo en tu lugar no dejaría de abrigar ciertas dudas y estaría dispuesto para lo peor.

—¡Basta! —exclamó Corlin—. Si crees que siguiendo por ese camino vas a conseguir algo de mí, te equivocas de medio a medio. He hecho un trato con Strogodov y lo cumpliré, ¿me entiendes? Y ahora, cierra el pico y no vuelvas a hablar o…

El silencio descendió sobre la estancia y el tiempo empezó a pasar lentamente. Transcurrió casi una hora, sin que ninguno de los tres dijera una palabra. Al cabo de este tiempo, la puerta de acceso a la casa empezó a girar lentamente sobre sus goznes.

Una expresión de júbilo apareció en el rostro de Corlin, el cual se volvió alegre y satisfecho hacia la puerta.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Ya está aquí!

En aquella fracción de segundo que el miserable descuidó la vigilancia, Percival tensó todos sus músculos, disponiéndose a arrojarse sobre Corlin y pelear con él, antes que entregarse como un manso corderillo al cuchillo del matarife. Pero no tuvo tiempo de poner en práctica sus proyectos.

El recién llegado irrumpió en la estancia con violencia. Traía en la mano una pistola análoga a la de Corlin y su presencia, por lo inesperada, sorprendió de tal forma a éste que lo dejó clavado en el suelo, incapaz de reaccionar.

Cuando Corlin quiso hacerlo, ya era tarde. Homer Fonseca apretó el gatillo de su pistola y exclamó:

—¡Toma, cerdo traidor, y que te pague Satanás en el infierno!

CAPÍTULO X



ÚN estaba cayendo Corlin, fulminado por la descarga de luz sólida, cuando ya Percival saltaba hacia el recién llegado.

—¡Fonseca! —exclamó—. ¿Qué es lo que hace usted aquí?

El interpelado miró con justificado rencor el retorcido cadáver de Corlin y luego contestó:

—Más adelante se lo explicaré, Parrish. Ahora lo interesante es salir cuanto antes de aquí. Y esto se refiere también a ti, Hebe. Después de lo ocurrido, Strogodov ya no tendrá contigo las mismas consideraciones que antes.

Los aludidos vacilaron.

—¿Dónde piensa usted llevarnos, Fonseca? —inquirió Percival.

—De momento, a mi casa. Tengo el monorrueda aquí, afuera, y Strogodov no sospechará siquiera que nos encontramos allí.

—Estoy viendo que el secreto de este refugio lo es tanto como si el «Clarín» lo hubiera publicado en primera página —se lamentó la muchacha—. ¿También tú lo sabías, Homer?

Éste se echó a reír. La muchacha pareció ofenderse.

—No me digas que estuviste espiándome cuando me dijiste que Percy me llamaba al saloncito. Corlin...

—Ya lo sé; estuvo vigilándote, pero él no se dio cuenta de que yo, a mi vez, lo vigilaba también. Durante todo el tiempo que estuvo al acecho, no se dignó preocuparse por un infeliz beodo que yacía tumbado en un sillón, durmiendo la borrachera. Ese supuesto beodo, innecesario es decirlo, era yo.

—¿Y ahora... querrá usted explicarme el papel que pinta usted en todo este asunto, Fonseca? —preguntó Percival.

—Cuando salió usted de Sirio, Parrish, le dijeron que los agentes de la Tierra ya se pondrían en contacto con usted de un momento a otro. Pues bien, yo soy uno de esos agentes, pero, para enterarle del resto, debemos alejarnos cuanto antes de aquí. ¡Aprisa, aprisa, o Strogodov se nos echará encima, y esta vez sí que no tendrá compasión de nosotros!

Acuciados por las palabras de Fonseca, Percival y la muchacha se dispusieron a obedecerle. Tomando de nuevo sus pistolas, salieron del refugio.

Nadie les vio cruzar la mansión. Todos los componentes de la servidumbre de la muchacha dormían plácidamente, y por ello les fue fácil atravesar la parte delantera del jardín y, atravesando la verja de la entrada, se hallaron frente a un vehículo aparcado en aquel lugar.

Fonseca les hizo pasar al interior del monorrueda, sentándose él luego en el sitio del conductor. Poniendo el motor en marcha, hizo arrancar el coche, alcanzando una velocidad moderada que sostuvo durante todo el tiempo del trayecto.

Mientras tanto, Fonseca y Percival estuvieron hablando sin cesar y el joven se enteró de algunas cosas muy interesantes que ignoraba. Fonseca le puso en antecedentes de todo y concluyó:

—No crea que no estábamos ansiosos esperando su llegada, Parrish. Sólo un hombre como usted podía sacarnos del atolladero en que estábamos.

—Muy seguros se encontraban de ello —dijo Percival.

—Las pruebas que se le hicieron así lo demostraban.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas... si yo no he hecho otra que la de ascenso al Séptimo Nivel?

Fonseca se echó a reír estruendosamente.

—Fueron hechas durante sus sueños, Parrish, es decir, mientras que usted dormía.

—¿Aquí? —exclamó estupefacto el joven.

—No, por Dios; en Sirio.

—Pero... ¿por qué no hacerlas en vivo... bueno, quiero decir, mientras estaba despierto? —se extrañó Percival.

—Porque no sabíamos si usted sería de los nuestros, Parrish. De acceder, como luego sucedió, tenía que hacerlo con plena conciencia de lo que hacía, sabiendo los riesgos y dificultades que iba a correr. En esta clase de asuntos, no se puede obligar a nadie; todos cuantos actúan lo hacen por su propia y plena voluntad.

»Claro está —agregó Fonseca—, que siempre que hemos buscado a un individuo para un trabajo como éste, lo hemos estudiado a fondo antes, hasta adquirir el convencimiento de que luego no dirá que no a nuestras proposiciones. Y esto es lo que ocurrió con usted, ¿comprende, Parrish?

El joven se quedó unos momentos pensativo, meditando en silencio. Durante todo aquel tiempo, sólo se oyó el débil siseo de la única rueda del vehículo, devorando el espacio.

Al cabo, preguntó:

—¿Y he de ser yo, mejor dicho, soy yo el hombre que ustedes necesitan?

La respuesta de Fonseca no pudo ser más rotunda.

—Sí.

—¿Por qué?

—Verá, Parrish; Hallvorson, el Presidente, está débil y enfermo. No acabará el tiempo de su mandato, y antes de que esto suceda, Strogodov está al acecho, dispuesto a tomar el poder en sus manos. Y después de todo lo que le he explicado, ya puede figurarse lo que sucedería más tarde, ¿verdad?

—Sí, en efecto —suspiró el joven—; sería una contingencia muy desagradable que Strogodov llegase a presidente.

—Ya le falta poco. Eliminó a Dumonnet, el único hombre que podría hacerle algo de sombra y usted le vino de perillas para achacarle el crimen. De ahí al sillón presidencial, la distancia es muy corta, teniendo en cuenta, además, que una buena parte de sus fieles esbirros están situados en puestos clave, lo cual le facilitaría notablemente las cosas.

—Entiendo —murmuró meditabundo el joven, y ya no se habló más hasta que llegaron, cuarenta y cinco minutos más tarde, a casa de Fonseca.

El domicilio de este se hallaba situado en un edificio de apartamentos y era grande y espacioso, hallándose amueblado de forma cómoda y sencilla, sin pobreza, pero sin lujo. Las primeras luces del alba asomaban ya por oriente cuando los tres jóvenes penetraban en el apartamento de Fonseca.

Hebe no pudo disimular un bostezo.

—Tengo hambre y sueño. Oh, perdonad, pero no lo pude evitar.

Fonseca se echó a reír.

—Eres mujer y en algunas cosas soy anticuado. Por ejemplo, en lo de condimentar las comidas. No sé hacer ni un huevo frito.

—Te advierto que soy una magnífica cocinera —dijo ella—. Dame los materiales y te prepararé una comida tan suculenta que desde entonces odiarás los demás manjares.

—Vamos a verlo —rio Fonseca—. Ven conmigo y te enseñaré la cocina. Parrish, usted puede pasar a la habitación vecina y esperarnos allí. Tiene aspecto de necesitar también una buena comida, ¿verdad?

Percival sonrió:

—Si no vienen antes de un cuarto de hora, empezaré a comerme la pintura, de las paredes.

Después de esto, Percival se dirigió a la habitación señalada. Franqueó la puerta, volviéndose luego para cerrarla y entonces fue cuando advirtió que no estaba solo en aquel lugar.

Giró rápidamente sobre sus talones al mismo tiempo que desenfundaba la pistola. Pero apenas había levantado la mano, cuando el filo de otra le golpeó duramente la muñeca.

Los dedos perdieron toda su fuerza de modo repentino y con un ruido apagado, la pistola cayó sobre la alfombra.

Strogodov, cómodamente sentado, lanzó una irónica risita.

—Vamos, vamos, mi querido enemigo; ¿qué maneras son esas de iniciar el diálogo entre dos personas de buena educación?

Percival miró al asesor, cuya mano derecha sostenía indolentemente una larga boquilla al extremo de la cual humeaba un cigarrillo. Después, su vista se fijó en el hombre que le había desarmado, un tipo gigantesco, de brutal aspecto, en el cual reconoció a uno de los atormentadores de aquella pareja de infelices que habían muerto ante sus ojos.

—Hércules, haz que el señor Parrish se siente cómodamente frente a mí. Me disgusta ver a la gente en pie; me cansa, ¿sabe?

—¿No le cansa, en cambio, matar a la gente? —murmuró Percival, obedeciendo antes de que le tocasen las manazas del gigante.

Strogodov se encogió de hombros.

—Oh, eso forma parte de la profesión, amigo Parrish. ¿Un cigarrillo?

Percival vaciló unos instantes y luego acabó por aceptar.

—Hércules, da fuego a nuestro enemigo.

El joven aspiró el humo del cigarrillo y luego se retrepó en el sillón, cruzando las piernas. Pero no pudo evitar una instintiva mirada hacia la puerta.

Strogodov, que había captado el gesto, se echó a reír.

—No abrigue usted insensatas esperanzas, mi joven enemigo. Sansón, el colega de Hércules, se encuentra en estos momentos vigilando a la señorita Sándoth y a su acompañante, el señor Fonseca. Es lamentable tener que decírselo, pero sus amigos no podrán prestarle la menor ayuda, ¿comprende?

Percival no se inmutó y arrojó el humo del pitillo por boca y narices.

—A lo que veo, no deja usted ningún cabo suelto, Strogodov.

—Como le dije antes, es cosa de la profesión, Parrish.

—¿También lo era saber que nos dirigíamos aquí?

—Por supuesto.

—Corlin ha muerto, Strogodov.

—Lo sé. Un par de minutos antes de que llegaran ustedes a casa, fui informado del desgraciado hecho. ¡Una verdadera lástima, realmente! —suspiró Strogodov, falsamente compungido.

—Lástima... ¿para quién? ¿Para usted o para el muerto?

El asesor se echó a reír.

—¿Qué cosas tiene usted, Parrish! Naturalmente que para Corlin. La verdad es que me están entrando ganas de dar mi buen premio a Fonseca, por haberme librado de un futuro estorbo.

—Usted lo hubiera hecho de todas formas —dijo Percival contemplando la lumbre de su pitillo.

—Puede que sí; ¿a qué negarlo? Pero entonces, mi conciencia...

—Ah, ¿pero usted tiene conciencia, Strogodov?

De modo brusco, el asesor se puso en pie, al mismo tiempo que arrojaba el cigarrillo, boquilla incluida, a un rincón de la habitación. Sus ojos parecieron arrojar llamas.

—Acabemos de una vez, Parrish —dijo en tono conminatorio—. O conmigo o contra mí. No tiene usted otra opción.

—Usted no me deja tenerla, que no es lo mismo, Strogodov.

—Déjese ahora de sutilezas dialécticas, Parrish. Usted ha sido encargado de una misión y yo tengo la de desbaratar sus planes. Puedo hacerlo por la fuerza, pero me gustaría más hacer las cosas de buen grado. Decídase de una vez.

—¿Y si mi respuesta fuera negativa?

La afilada barbilla de Strogodov señaló hacia un punto situado a espaldas del joven.

—Hércules está detrás de usted, Parrish. Tiene una pistola en la mano y sólo aguarda una orden mía para disparar y convertirle en un simple pedazo de carne inerte.

—Un asesinato más qué importa al mundo.

—En el caso presente sólo sería un acto de justicia, Parrish. No olvide usted que, al fin y al cabo, se le acusa de la muerte de Dumonnet.

—Desde luego, pero también usted sabe quién es el verdadero asesino.

—Que lo sepa yo y que lo ignore la masa, eso carece de importancia alguna. Lo verdaderamente interesante es que usted fue muerto al intentar resistirse a su captura. Y dentro de una semana, todo el mundo se habrá olvidado de usted.

—Una inteligencia realmente excepcional, Strogodov. Es una lástima que no la haya sabido aprovechar como se merecía y que todo cuanto ha hecho no le vaya a servir para nada.

El asesor levantó las cejas.

—No le entiendo. Explíquese, Parrish —dijo.

El joven aspiró la última bocanada de humo de su cigarrillo antes de responder.

—Digo que es una lástima que haya aplicado usted su inteligencia a favorecer una mala causa, como es la de la presunta independencia de Sirio.

—¡Usted se engaña! ¡Por el contrario, yo...! —protestó Strogodov, terriblemente encolerizado.

Pero Percival no le dejó seguir.

—¡No diga estupideces, asesor! De sobra sabe que lo que digo es la pura verdad. Finge combatir el separatismo de Sirio, cuando lo que hace en realidad es favorecerlo, porque así favorece sus propios planes. Los elementos que aspiran a la independencia de Sirio le apoyan secretamente a usted porque necesitan, quieren un presidente que, a su vez, apoye sus aspiraciones.

»Y esto —continuó el joven—, es algo que hoy no puede ni tolerarse tan siquiera. Hace más de dos mil años, fueron las regiones

las que se unieron para formar las naciones; después, tras muchos siglos, llegó la unión de varias naciones en una sola y más tarde, el planeta entero llegó a ser una nación única. Luego, este concepto se extendió al Sistema Solar y cuando pudimos volar a las estrellas, Alfa del Centauro y su sistema se integraron en la nación terrestre, lo mismo que Sirio doscientos años más tarde.

»No, no puede tolerarse una independencia estúpida y absurda, que sólo perjuicios e inconvenientes puede acarrear a quienes la desean, inconscientes de que son instrumentos de unos cuantos ambiciosos que únicamente aspiran al logro de sus turbios apetitos. Usted puede matarme a mí; estoy ahora en sus manos, Strogodov; pero otros vendrán, tarde o temprano, y sus planes acabarán por fracasar, porque piensa con un espíritu retrasado en quinientos o más años.

Percival soltó su parrafada de un tirón y luego calló, jadeante, casi sin aliento.

Strogodov le miró unos segundos y luego sonrió levemente.

—Un magnífico discurso, a fe —dijo—. Casi ha llegado a convencerme, pero le ha faltado el casi. Y después de lo que ha hablado, usted mismo ha firmado su condena de muerte, Parrish.

El aludido no contestó, fijos sus ojos en los de su interlocutor. Strogodov juntó las yemas de sus dedos, contemplándoselos con aire meditabundo, y luego, de pronto, alzó la cabeza.

—Antes de matarle, Parrish, quiero que me aclare una cosa que yo no he llegado a saber. Puesto que va a morir, lo mismo le da, ¿no?

—Depende —contestó Percival con cautela.

—Veamos. Cuando la chica le vendió a usted el paquete de tabaco, ¿qué es lo que había grabado en la tira de celoflex? Es algo que no he podido averiguar, por más que lo he intentado. Por favor, no deje mi curiosidad sin satisfacer; creo que ya no podría dormir en todos los días de mi vida.

Percival emitió una débil sonrisa.

—No tenía gran cosa de particular. Era la clave abreviada para poder pasar sin grandes inconvenientes las pruebas de ascenso de Nivel.

—Uno de los requisitos indispensables para llegar a presidente de la Federación es haber alcanzado el Décimo Nivel, ¿eh, Parrish?

—Así es, Strogodov. Aunque, si le he de decir la verdad, me parece que después de esto, renunciaré a la empresa. La política, vista desde dentro, suele repugnar.

—Me parece que sí, en efecto, usted no llegará a presidente. Hércules se encargará de ello. ¡Hércules!

A sus espaldas, Percival notó un ligero movimiento. Con gesto rápido, levantó la mano.

—¡Un momento! —exclamó—. Supongo que no negará usted al condenado a muerte el derecho de fumarse su último cigarrillo, ¿verdad? Sería inhumano...

—Está bien —dijo Strogodov de mal talante—; pero dese prisa.

Percival sacó del bolsillo superior de su camisa un paquete de tabaco que abrió con gesto deliberadamente parsimonioso. Extrajo de él un cigarrillo, elegido con todo cuidado y luego se lo puso en la boca.

Como la vez anterior, Hércules se lo encendió. Percival aspiró la primera bocanada y apenas lo había hecho, con un ademán completamente imprevisible, arrojó el cigarrillo al suelo.

Un intolerable estallido de luz se produjo en la estancia. Pareció como si dentro de la habitación hubiera explotado un sol en miniatura y el terrible fogonazo llegó hasta las pupilas de Percival, a pesar de habérselas protegido con el brazo.

Percival se puso en pie, divisando a Hércules como a través de una rojiza neblina. El esbirro iba de un lado para otro, extendiendo los brazos para tantear los obstáculos. El joven alzó una silla y la estrelló contra la cabeza de Hércules, apoderándose acto seguido de su pistola.

Mientras tanto, Strogodov hacía todo lo posible por ver, al mismo tiempo que de su boca salían espantosas maldiciones. Esta vez Percival, recordando la pareja atormentada por el asesor, teniendo a aquellos dos infelices ante su recuerdo, no vaciló en disparar.

Percival contempló el cadáver de Strogodov, derrumbándose como una masa inerte a sus pies. Pero casi en el acto se acordó de que en otro lugar del apartamento estaban Hebe y Fonseca.

Saltando hacia adelante, se arrojó hacia la puerta que abrió de un tironazo. En el mismo momento en que lo hacía, Sansón, el otro esbirro, alarmado por los ruidos, salía de una estancia vecina.

Antes de que Sansón tuviera tiempo de levantar su mano, la pistola de Percival emitió una fulgurante llamarada blanca. El sicario levantó sus brazos, agitándolos espantosamente unos momentos, y luego se desplomó con sordo estruendo.

La muchacha fue la primera en reaccionar, arrojándose impetuosamente a los brazos del joven.

—¡Percy! ¡Estás vivo!

El brazo izquierdo de Percival rodeó los esbeltos hombros de Hebe.

—Así es, cariño, y todo está terminado ya —y al pronunciar estas

palabras, miró a Fonseca.

—¿Strogodov? —murmuró éste.

Percival movió la cabeza.

—Allí está. Nos costará mucho arreglar este embrollo, Fonseca.

—No lo crea —dijo el interpelado por encima del hombro, andando hacia la otra habitación—. Con la muerte del asesor se aclararán no pocas cosas que hasta ahora parecían insolubles. Muchos de sus hombres declararán con tal de verse libres del castigo que les aguarda y…

Pero ni Percival ni Hebe oían ya las palabras de su amigo. Los dos estaban muy ocupados mirándose mutuamente a los ojos.

—Dicen que el viaje de novios a Sirio es de los más agradables que pueden hacerse —murmuró Percival al cabo de un rato.

Ella se puso colorada y luego, bajando la vista, dijo:

—Tendremos que probarlo, ¿no? ¿Cuándo, Percy?

—Pues… por mí, que sea cuanto antes, Hebe. Estoy ansioso de comprobar si eso que dijiste antes de tus habilidades como cocinera es cierto.

—¿No te fías de mi palabra? —sonrió ella.

Percival dijo que sí, que se fiaba. Y para demostrarlo, no encontró cosa mejor que besar apasionadamente aquellos labios tan próximos a los suyos.



Bill, Jane y Larry miraban, con los ojos desorbitados, el enorme y translúcido disco azul posado ante ellos

Yo, el monstruo

Entonces, una compuerta se abrió lentamente… Una borrosa figura, horrible, espantosa, se perfiló en el umbral y…

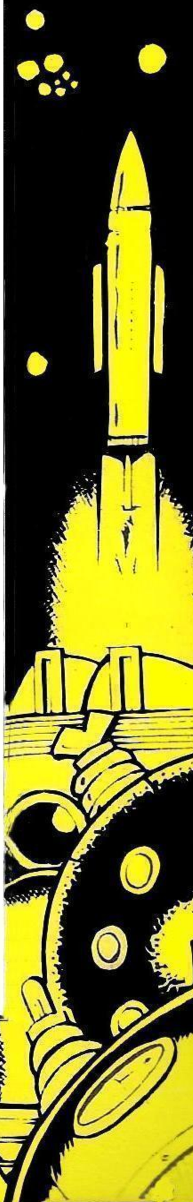
Yo, el monstruo

Una apasionante narración de *JOHNNY GARLAND* que le hará temblar.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — Huida al pasado. — *Law Space*
2. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*
3. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
4. — Solo un planeta. — *Clark Carrados*
5. — Venganza Cósmica — *Law Space*
6. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*
7. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*
8. — Raza de señores. — *Clark Carrados*
9. — Robinson estelar. — *H. S. Thels*
10. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*
11. — Las ratas. — *H. S. Thels*
12. — Metamorfosis. — *Law Space*
13. — La agonía de los mundos. — *Johnny Garland*
14. — El planeta maldito. — *Law Space*
15. — «Los satánicos». — *Tom Argo*
16. — Pantropia. — *H. S. Thels*
17. — ¡Manda Titán!. — *Law Space*
18. — La sed del átomo. — *Clark Carrados*
19. — La doble batalla. — *Clark Carrados*
20. — Guerra a los termófagos. — *H. S. Thels*
21. — Jinete en el cielo. — *Clark Carrados*
22. — Dimensión imposible. — *Law Space*
23. — Conquistarás la Tierra. — *Clark Carrados*
24. — Dos cerebros iguales. — *Walt G. Dovan*
25. — Trampa en los asteroides. — *H. S. Thels*
26. — Starman (El hombre de las estrellas). — *Clark Carrados*
27. — Regreso al futuro. — *Law Space*
28. — El planeta de los hombres de oro. — *Clark Carrados*
29. — Locura espacial. — *H. S. Thels*
30. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*
31. — El fin del Mundo. — *Law Space*
32. — El gran peligro. — *Roy Silverton*
33. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*





Escena de EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS, Cinemascope 20th Century Fox.

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 5,50 pesos